

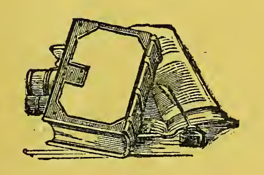
INAUGURACION

DE LA

BIBLIOTECA NACIONAL

DE MÉXICO

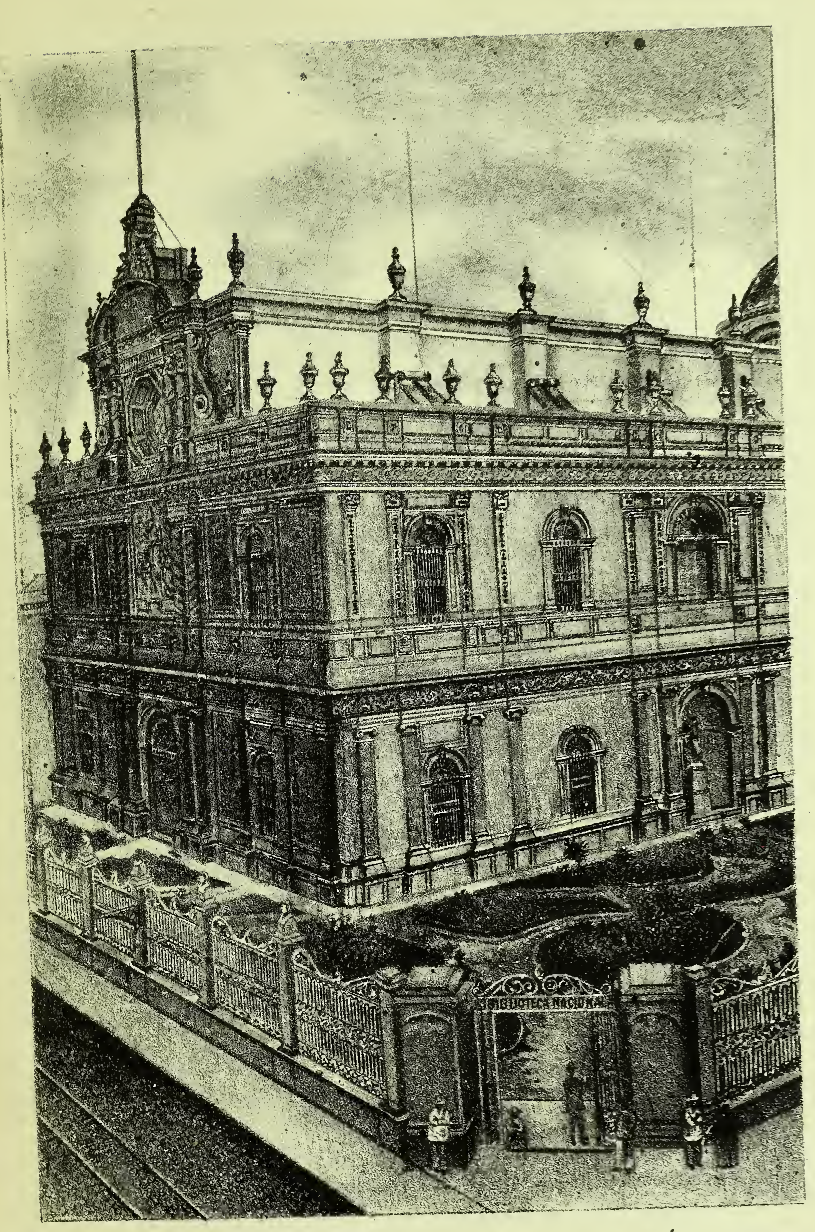
ABRIL 2 DE 1884



MÉXICO
IMPRENTA DE IRENEO PAZ
2ª de la Independencia núm. 2

1884





BIBLIOTECA NACIONAL DE MÉXICO.



EL dia 2 de Abril de 1884, aniversario de la ocupación de Puebla por el Ejército Republicano al mando del general D. Porfirio Diaz, con lo cual quedó afianzado en México el triunfo de las instituciones democráticas, se verificó la inauguración de la Biblioteca Nacional, acontecimiento digno de ser asociado al glorioso recuerdo de esa fecha. Algunos dias antes se habia circulado una invitación para el acto que debia comenzar á las diez de la mañana del referido dia, firmada por el señor Secretario de Justicia é Instruccion Pú-

blica. En efecto, á la hora señalada llenaba el vasto salón numerosa y escogida concurrencia, entre la que se hallaban representantes de la prensa periódica, literatos, artistas, señoras, presentándose con toda exactitud el señor Presidente de la República, á quien una fuerza del batallón de Zapadores con bandera y música hizo los honores correspondientes.

Una comisión compuesta de varios individuos de la Junta directiva de estudios, recibió en la puerta del edificio al Jefe del Poder Ejecutivo, que acompañado de los miembros del Gabinete fué conducido á la extensa plataforma que á ese fin se había levantado en la cabecera del salón. Tomaron asiento á la derecha del Presidente los Sres. Lic. D. Joaquin Baranda, Secretario de Justicia é Instruccion Pública; General D. Carlos Pacheco, de Fomento; General D. Miguel de la Peña, de Hacienda; D. José Fernandez, Subsecretario de Relaciones, encargado del despacho; Dr. D. Ramón Fernandez, Gobernador del Distrito federal; D. Julio Zárate, diputado, y los miembros del Ayuntamiento; ocupando la izquierda los Sres. General D. Francisco Naranjo, Secretario de Guerra; General D. Carlos Diez Gutierrez, de Gobernacion; los Ministros de Inglaterra, Estados-Unidos, Italia y Francia; el Lic. D. Guillermo Valle, Presidente de la Corporación municipal; el Lic. D. Carlos Rivas, Secretario particular del General González; el Ge-

neral D. Jesus Lalanne, Gobernador de Palacio; el Lic. D. Juan N. García Peña, Subsecretario de Justicia; el Dr. D. Francisco Ortega, director de la Escuela Nacional de Medicina; D. Alfredo Bablot, del Conservatorio de Música y Declamación; D. Ramón I. Alcaarz, de la Escuela de Sordo-mudos; el Lic. D. Alfredo Chavero, de la de Comercio, y los ayudantes del Presidente.

Después del himno nacional con que fué saludado á su entrada el Primer Magistrado de la Nación, una orquesta numerosa, compuesta de nuestros más hábiles artistas, profesores del Conservatorio de Música y distinguidos filarmónicos, que espontáneamente se prestaron á contribuir con su valiosa cooperación al brillo de la fiesta, ejecutó las piezas que á continuación se expresan:

1. Obertura, "La hija del Rey."—*Melesio Morales.*
2. Marcha solemne.—*Ricardo Castro.*
3. Himno sinfónico (escrito expresamente para el acto.)— *Gustavo E. Campa.*
4. Melodía para violín con acompañamiento de orquesta.—*Idem idem.*
5. "Ave María." (Fragmento musical.) —*Idem idem.*
6. Marcha patriótica con acompañamiento de banda militar.—*Idem idem.*

Los diversos grupos orquestales se hallaban distribuidos de la manera siguiente:

CUARTETO DE CUERDA.

16 Violines primeros, á cuya cabeza figuraban los Sres. Delgado, Sanchez, Rivas, Moran, Manzano, Aguirre, Curti, Riofrio y Posadas.

16 Segundos; Sres. Beristain, Beristain (hijo,) Unda, Ruiz y Valle.
7 Violas; Sres. Herrera, Martinez, etc.
7 Violoncelos; Sres. Guichené G. Guichené A., Peralta, Alcérreca, Cedes, Galindo, etc.
5 Contrabajos; Sres. Campillo, Otea, Otea (hijo,) y López.

CUARTETO DE MADERAS.

2 Flautas y un octavino.
2 Oboes; Sres. Chavarría y Dechassey.
2 Clarinetes; Sres. Manriquez y Hernandez.
4 Fagotes; Sres. Cázares, Quirós y Huerto.

CUARTETO DE LATONES.

4 Pistones; Sres. Reyes y Mateos.
4 Trompas; Sres. Rodriguez, Benitez y Ruiz.
4 Trombones y un oficleide. Bombo, timbales y tambor.

Se ve por lo que precede la importancia que cupo en la fiesta á la parte musical. Túvose en efecto la feliz idea de que la inauguración de la Biblioteca Nacional fuese al mismo tiempo manifestación de la altura á que en México se halla el divino arte; y esa manifestación, justo es decirlo, pudo sin hipérbole ser calificada de espléndida, no sólo por la ejecución de la orquesta, sino por el mérito de las obras ejecutadas, producciones todas de artistas mexicanos.* Sin detenernos en una apre-

* La música es una de las bellas artes que más y con mejor éxito se cultivan en México, y de ello puede darse una prueba reciente. El año pasado (1883) con motivo del centenario de Bolívar, el Gobierno de Venezuela solicitó del nuestro la letra y música del himno nacional, y en contestación se le mandó, además de lo pedido, 391 piezas musicales de 114 compositores mexicanos, cuyos nombres, así como los títulos de las obras, pueden verse en el *Album Musical*, num. 1.

ciación impropia de este lugar, diremos solamente que el nombre de Melesio Morales, el aplaudido autor de *Ildegonda* y *Gino Corsini*, es harto conocido para poder añadir algo á la bien sentada reputación que sus obras le han granjeado, colocándole en el número de nuestros más ilustres compositores. En cuanto á Castro y Campa, apenas en los umbrales de la juventud, han logrado atraerse la atención de la sociedad mexicana por el talento, la inspiración y los profundos conocimientos musicales que brillan en sus trabajos. Familiarizados con los secretos del arte, con el estudio de los grandes maestros, con las atrevidas innovaciones del genio moderno, que ha venido á abrir ilimitados horizontes, nótase sin embargo, un carácter de originalidad en las composiciones de ambos, signo seguro de que en ellos arde el fuego sagrado que forma á los verdaderos artistas.

Después de la obertura del maestro Morales, el Sr. diputado D. Julio Zárate dió lectura al informe del director de la Biblioteca Nacional, no haciéndolo éste por hallarse á la sazon gravemente enfermo; alternándose en seguida con las piezas de música dos composiciones poéticas de los Sres. D. Guillermo Prieto y D. Rafael López Mendoza. Respecto del primero hé aquí como se expresa un diario de la capital: *

* *La Epoca* de 6 de Abril.

"El Lic. Alfredo Chavero acompañó á la tribuna al más popular y querido de nuestros poetas; al decano de todos ellos; al inspirado Guillermo Prieto, que con la modestia del verdadero mérito, ignorante siempre del propio valor, habia permanecido hasta aquel instante confundido entre las filas de la concurrencia.

"El venerable patriarca de nuestra poesía lírica, sobre cuya blanca corona de canas, resalta el brillo de los laureles y que puede contar por centenares el número de sus triunfos literarios, tiene conquistada hace ya mucho tiempo su reputación admirable de inspirado cantor de las patrias glorias, y por consiguiente, cada aparición suya en la tribuna, es siempre saludada con una verdadera explosión de entusiasmo por parte de cuantos rinden culto al sentimiento de lo bello.

"En la ocasión de que se trata, la soberbia oda que leyó, interrumpida casi á cada estrofa por tempestades de aplausos, encantó al selecto auditorio por la brillantez de sus imágenes, por la gallardía de sus pensamientos, y por la sonoridad de sus periodos, realzados por una vigorosa y correcta entonación, tanto más notable cuanto que las facultades físicas del ilutre poeta parece que debieran ya declinar al peso de los años y de las dolencias que por desgracia lo agobian. Al terminar la recitación descendió de la tribuna, pedestal de su gloria, entre las aclamaciones frenéticas de la concurrencia, que puesta en pié y agitando pañuelos, sombreros y bastones, lo saludaba con atronadores *bravos*, á cuyos ecos el Himno Nacional, resonando en honor suyo mezclaba sus electrizantes armonías.

"El Presidente de la República, el Ministro de Justicia, y muchas otras elevadas personas de alta importancia social, abrazaron cariñosamente al egregio poeta, felicitándolo por el éxito merecido de su arrebatadora composición, redoblando los aplausos del público ante las significativas demostraciones de aprecio y distinción rendidas al primero de nuestros poetas por el primer Magistrado de la Nación."

Tal fué en conjunto la solemne inauguración de la Biblioteca Nacional, acontecimiento que señala una de las conquistas de mayor trascendencia en nuestra pa-

tria, siendo el triunfo de cincuenta años de esfuerzos por llevar á cabo reforma de tamaña importancia. El lector podrá hallar más amplios pormenores en el informe respectivo, al que acompañan las composiciones poéticas que antes mencionamos, y un bien escrito discurso del Sr. Blengio sobre las bibliotecas, pronunciado en la ciudad de Campeche.

Para completar esta noticia, creemos conveniente dar una idea, aunque somera, del edificio en que se ha instalado la Biblioteca Nacional. Escogióse para este objeto el antiguo templo de San Agustín, que era uno de los más bellos y espaciosos entre los muchos erigidos en la capital del vireinato durante la dominación española. * Modificaciones indispensables hubo que hacer para adaptarlo á su nuevo destino. Una primo-

* Digno es de llamar la atención el útil destino que en virtud de la Reforma se dió en México á una gran parte de los edificios nacionalizados. Así podemos citar, sin salir de la capital, la Escuela de Jurisprudencia y la Escuela secundaria de niñas establecidas en el convento de la Encarnación; el Palacio de Justicia y la Escuela de ciegos en la Enseñanza; la Escuela de Artes y Oficios en San Lorenzo; la Escuela de Sordomudos, en Corpus Christi; la Escuela de Artes y Oficios para mujeres, en una parte de Jesus María; tres cuarteles en Santa Catalina de Sena y San Gerónimo; La Escuela correccional en San Pedro y San Pablo; el Conservatorio de música en la Universidad; la cárcel en Belem y la Escuela de Comercio, una de instrucción primaria y la Sociedad de Geografía y Estadística en el Hospital de Terceros. Ahora, si se comparan los resultados que en otras partes han tenido revoluciones semejantes á la nuestra, se verá que México ha sabido sacar mayor provecho, con lo que queda contestado satisfactoriamente el cargo de dilapidación y ruina que los enemigos de la Reforma dirigen contra ella.

rosa reja de fierro da entrada al hermoso vestíbulo, enlozado de mármol de colores y cerrado por la bóveda del antiguo coro, que sostienen de uno y otro lado diez elegantes columnas. Frente á la reja se abre una puerta de cedro y caoba, artísticamente labrada, que conduce al salón principal, extensa nave de unos cincuenta y un metros de longitud, por trece de latitud y treinta y cinco de altura. Doce elevadas columnas distribuidas de uno y otro lado sostienen les arcos de las bóvedas, ligándose aquellas por un doble friso de piedra, que completa el adorno arquitectónico, haciendo lugar á las ventanas cubiertas de cristales que iluminan el salón. En los intercolumnios y á la altura de siete metros y medio, se abren los arcos de las antiguas capillas que formaban dos naves laterales, y que hoy, comunicadas entre sí por la parte interior, constituyen otras tantas galerías, compuestas de ocho pequeños departamentos de techos más bajos y que terminan en los cruceros, cuya altura se eleva á la principal, equivaliendo por su extensión á cuatro capillas más.

Cerrando los arcos de las capillas y cruceros, se elevan quince estantes de cedro, subdividido cada uno de ellos en tres, cuya numeración respectiva continúa en el interior, distinguiéndose por letras los grupos entre sí. Esta circunstancia ha favorecido la distribución de los libros por materias, facilitando de este modo el ma-

nejo de la Biblioteca; así, pueden señalarse desde luego y á la simple vista, dos capillas destinadas á la historia, dos á las bellas letras, dos á la jurisprudencia, una á la filosofía, otra á las ciencias médicas, etc., llevando cada libro, conforme al plan de organización, la letra del departamento, el número del estante, el del cajón y el de la obra.

En el fondo del salón se abre una gran ventana cubierta de cristales apagados, en cuyo centro y sobre una balaustrada, extiende sus alas el águila mexicana labrada de estuco, con los demás atributos de las armas nacionales. Enfrente de dicha ventana, sobre la puerta de entrada, se ve un arco de considerable altura, en la parte anterior del antiguo coro, y en el centro de dicho arco se destaca una estatua colosal del tiempo en actitud de volar, teniendo á sus piés la esfera negra que marca las horas de un reloj. De uno y otro lado de la puerta se encuentran dos grandes medallones con los bustos en bajo relieve del Presidente D. Benito Juárez, que expidió el decreto para que se estableciera la Biblioteca Nacional, y del Ministro de Justicia D. Antonio Martínez de Castro que autorizó dicho decreto

Como dependencia del edificio debemos mencionar la antigua iglesia de Tercer Orden, en donde estuvo provisionalmente la Biblioteca al servicio del público durante varios años, y en que hoy se guarda un gran nú-

mero de libros que no han podido ser colocados en el departamento principal.

Concluiremos la descripción de éste, mencionando diez y seis grandes estatuas que sobre altos pedestales completan el severo adorno de la nave, añadiendo algunas palabras acerca de la elección de los personajes representados por ellas. Estos personajes son: Valmiky, Confucio, Isaías, Homero, Platón, Aristóteles, Cicerón, Virgilio, San Pablo, Orígenes, Dante, Alarcón, Copérnico, Descartes, Cuvier y Humboldt. Considerando desde luego que una biblioteca del carácter de la Nacional es un establecimiento eminentemente cosmopolita, puesto que en él hallan cabida todas las obras que la inteligencia ha producido en todos los tiempos, pueblos y civilizaciones, había que escoger entre los hombres que han hecho á la humanidad el precioso legado de sus trabajos intelectuales, aquellos que han influido de un modo sensible en el progreso universal, personificando, por decirlo así, los puntos más culminantes de su desenvolvimiento histórico. La tarea no era tan fácil, como bien se comprende, sobre todo, cuando había que circunscribirse á un número bien limitado de personajes; sin embargo, hé aquí las razones que fundaron la elección, y que explican al menos el pensamiento que le sirvió de guía.

Al procurar sintetizar un movimiento tan complexo

á primera vista, se descubren cuatro fuentes capitales que señalan en su conjunto la línea ascendente y progresiva del pensamiento humano. Esas fuentes son la poética, la filosófica, la teológica y la científica. Por otra parte, si queremos concretar dicho movimiento en el tiempo y en el espacio, es decir, cronológica y geográficamente, hay que tomar como punto de partida ese Oriente misterioso, cuna de la civilización que al través de los siglos, y cual si fuese siguiendo el curso del astro del dia, ha ido avanzando hacia el Occidente. Dirigida la atención en ese sentido, aparece luego Valmiky, que en su poema del *Ramayana*, nos ha dejado un monumento precioso de la altura á que habia llegado la literatura sanskrita en época muy anterior á nuestra era. Si buscamos en seguida al hombre que represente la antiquísima cultura china, todo el mundo nombrará á Confucio, el sabio filósofo, cuyas doctrinas de moral universal pueden conciliarse con todas las creencias, lo que explica no sólo el respeto que á su memoria conserva aquel pueblo singular, sino la admiración que sus obras causaron á los primeros jesuitas que penetraron al Celeste Imperio, y á los más ilustres filósofos del siglo pasado.

Hay una doble corriente que sin llegar á confundirse, se hace sentir en el desarrollo de la civilización occidental, revelando la presencia de los genios hebreo y

griego, y nadie seguramente podría representar mejor esa dualidad poderosa que Isaías y Homero, es decir, el profeta siempre inspirado y sublime, y el inmortal autor de la *Iliada*, que dejó el modelo más acabado de la epopeya al pueblo artista por excelencia. Por otra parte, ¿dónde hallar una condensación más alta del pensamiento filosófico en sus dos aplicaciones trascendentales, la razón y la observación, que la personificada por Platón y Aristóteles, en quienes parecen unirse los dos hemisferios de la inteligencia humana, explicándose de esta manera la influencia omnipotente que han ejercido al través de una larga serie de siglos?

Damos un paso más: el genio romano aparece dominando el mundo conocido, desempeñando el papel más importante que pueblo alguno ha representado en la historia, al derramar con mano enérgica todos los gérmenes de la civilización moderna. La elocuencia, poseedora de los secretos filosóficos y literarios de la Grecia, brota de los labios de Cicerón; y la poesía, impregnada del perfume místico que soplaba del Oriente, modula cantos inmortales á los oídos de Virgilio. Pero una nueva era se inicia entre tanto; la sangre del Justo rompe las cadenas del esclavo y reivindica la dignidad humana hollada por torpes tiranías, derrumbándose el antiguo edificio de iniquidad á la voz poderosa del que ha merecido ser llamado por la conciencia universal

el Apóstol de las gentes. Al calor de las nuevas ideas surge una ciencia antes desconocida; multitud de pensadores vivifican las más altas concepciones filosóficas con los rayos de una fe divina, y entre esos pensadores se destaca la figura de Orígenes, á cuya grandeza no faltó siquiera el anatema para completar la corona de espinas que ha ceñido siempre la frente del genio.

Un inmenso paréntesis se abre en la historia: la caída del Imperio Romano y la invasión de los bárbaros semejan verdadero caos, de cuyo seno brota más tarde la civilización rejuvenecida, encarnada en robustas nacionalidades que darán al progreso impulso poderoso. Sin embargo, durante tan largo período, llamado con exactitud la Edad Media, el pensamiento no ha permanecido ocioso, sino que luchando entre los elementos antiguos y las nuevas tendencias, acaba por sintetizar ese trabajo colosal en la obra imperecedera del vate de Florencia, del místico amante de Beatriz.

El astro del Renacimiento derrama ya su luz fecundante sobre el mundo, cuyos límites ha ensanchado la mirada creadora de Colón; las letras, enriquecidas con los tesoros de la antigüedad sepultados por tantos siglos, florecen con vida original y propia, distinguiéndose España entre todos los pueblos jóvenes, por la osadía de su vuelo y por la independencia de sus concepciones. El teatro, bajo la pluma de Lope de Vega, to-

ma formas extraordinarias, expresando mejor que ningún otro género literario, la vida exuberante de aquel pueblo cuya actividad sin igual sólo puede medirse por las inspiraciones de su fe inquebrantable. Su espíritu ha pasado á la joven América, como semilla arrojada en suelo fertilísimo; las letras producen ricos y sazonados frutos, y Alarcón inscribe su nombre entre los grandes dramaturgos de la Península, anunciando una nueva faz de la civilización y progreso universal.

Si la tierra ha duplicado sus proporciones, pierde en cambio la supremacía que como centro del universo había ocupado. La creación abre las regiones del infinito á la mirada atónita de la ciencia, y Copérnico realiza el magnífico sueño de algunos filósofos antiguos, señalando una de las conquistas más trascendentales del espíritu humano. Revolución semejante á la que Copérnico produjo en el campo científico, puede considerarse la que Descartes causó en el terreno filosófico. La razón, subordinada por largos siglos á la autoridad de la Escuela, recobró su independencia, marcando el punto de partida de ese inmenso movimiento que ha trascendido á todas las esferas de actividad intelectual, y que informa al espíritu osado é investigador de las sociedades modernas. Por último, al llegar á nuestro siglo tan rico en maravillas, tan fecundo en hombers eminentes, que con esfuerzo unánime han hecho

avanzar el carro triunfal del progreso, arrancando á la naturaleza sus más recónditos secretos, encontramos dos sabios, Jorge Cuvier y Humboldt, que parecen dominar ese mundo de luz y de vida, que cerraría el ciclo de la revolución intelectual sobre nuestro globo, si las aspiraciones del espíritu humano no fueran á perderse en el infinito, siendo cada una de sus victorias promesa segura de nuevas conquistas.

Tales han sido las consideraciones que se tuvieron presentes al elegir las estatuas mencionadas, y que forman uno de los más bellos adornos de la Biblioteca Nacional.

La parte exterior de ésta corresponde á la interior por su belleza y magnificencia, conservándose encima de la puerta de entrada, como uno de los más hermosos monumentos del arte mexicano, un antiguo bajo relieve que representa á San Agustín y que completaba la fachada del templo. Limita el edificio por las dos calles del frente y el costado un jardín, cerrado por elevada verja, que sostienen á trechos unas columnas en cuya parte superior descansan los bustos de los siguientes ilustres mexicanos: D. Manuel Carpio, poeta; D. Manuel Eduardo Gorostiza, autor dramático; D. Francisco Sanchez de Tagle, poeta; D. Francisco Javier Clavijero, historiador; D. Fernando A. Tezozomoc, idem; D. Fernando Ramirez, anticuario; D. Fernando A. Ix-

tlilxochitl, historiador; D. Lucas Alamán, idem; Fr. Manuel Nájera, filólogo; D. José B. Couto, publicista; Nezahualcoyotl, poeta; D. Manuel de la Peña y Peña, jurisconsulto; D. Cárlos de Sigüenza y Góngora, humanista; D. José A. Alzate, naturalista; D. José Joaquin Pesado, poeta; D. Leopoldo Río de la Loza, químico; D. Joaquin Cardoso, literato y director de la Biblioteca Nacional; D. José M. Lafragua, idem, idem; Fr. Manuel Navarrete, poeta; y D. Mariano Veytia, historiador. Mencionaremos por último, la estatua de Minerva colocada en un gran nicho frente al jardín, y dos estatuas que representan la Filosofía y la Ciencia que deben ocupar dos altos pedestales á uno y otro lado de la puerta que forma el ángulo de dicho jardin.

Mucho podriamos extendernos todavía, pero lo dicho basta para que se tenga idea de uno de los establecimientos más grandiosos que contiene la capital de la República. El edificio tal como hoy se encuentra, ha sido obra exclusiva de artistas mexicanos. D. Vicente Heredia fué el encargado de la parte arquitectónica; las estatuas son obra de los escultores Calvo, Noreña, Islas, Cano, los hermanos Miranda, Fernandez, Schultz, Guerra, Revueltas, Bellido, y Paredes, habiendo dirigido los trabajos de carpintería D. Antonio Franco; así es que puede decirse con toda propiedad, que la Biblioteca Nacional quedará como un monumento en que las

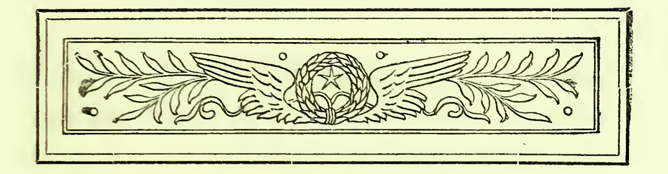
futuras generaciones podrán conocer la altura á que en nuestra época habían llegado las bellas artes en esta porción privilegiada de la América Septentrional.

Considerables son las sumas que el Gobierno mexicano ha invertido para dotar á la Nación con un establecimiento que se impone á la admiración del viajero; siendo relativamente bien poco lo que queda por hacer para completar el pensamiento de esta magnífica construcción; pero ¿qué dinero mejor empleado que el que se invierte en el fomento de las letras, en la difusión de la enseñanza, bases solidísimas que fundan la verdadera grandeza de los pueblos? Por lo demás, el primer paso está dado; más de cien mil volúmenes forman seguramente una base muy amplia para que la Biblioteca Nacional, á la vuelta de algunos años y mediante la liberal protección que el poder público le dispensará, llegue á ponerse á nivel de las grandes bibliotecas del mundo. El defecto que pudiera ponerse á la mayor parte de las obras hoy existentes, su antigüedad, es lo que constituye uno de sus principales méritos, pues siempre se verán con particular aprecio esas obras, que por su rareza son cada dia más difíciles de hallar en los mercados.

A las grandes mejoras materiales que vienen señalando la nueva era de paz en que ha entrado la República, tenia que ligarse el adelantamiento en el orden

intelectual y moral, menos deslumbrador y aparatoso si se quiere, pero no menos fecundo en bienes para las naciones. Incontables son los sacrificios que México ha tenido que hacer para asegurar su independencia, para consumar su regeneración social y política; pero en medio del conflicto que las circunstancias le imponían, jamás perdió la fe en su destino, como lo prueban los vastos proyectos concebidos entre el fragor de las luchas civiles y llevados á buen término con tenaz perseverancia. Entre esos proyectos debe señalarse el de la Biblioteca Nacional, que fué creciendo en proporción que circunstancias inesperadas venían á frustrarlo, hasta que logró condensarse en el suntuoso establecimiento con que hoy se enorgullece la capital de la República

J. M. Vigil.



INFORME DEL DIRECTOR.

Sr. Presidente, Señores:

La reunión y conservación en archivos y bibliotecas, de las varias producciones del ingenio humano, remontan á la más alta antigüedad, pues corresponden á la natural tendencia que en el hombre existe para investigar las causas de los fenómenos que le cercan, las leyes de su propio destino, los hechos que forman la historia de sus antepasados, tendencia que despierta la necesidad de consignar los resultados de tales investigaciones en caracteres que los expresen con más ó ménos perfección, perpetuándolos y trasmitiéndolos á las generaciones fu-

turas. La piedra, el metal, el ladrillo, las pieles de los animales, la corteza de los árboles, las telas enceradas, han sido sucesivamente los diversos medios de trasmisión según el movimiento progresivo de las sociedades, quedando como señales indicadoras de esa evolución prodigiosa los nombres que ahora empleamos para significar biblia, libro, código, papel, volumen, y otros cuya clara etimología revela los primeros y no interrumpidos trabajos que prepararon la era de la civilización.

Más de cuatro mil años hace, si hemos de creer la tradición, que Osimandías, rey de Egipto, formó en Menfis la primera biblioteca de que se tiene memoria, colocando sobre la puerta de entrada esta expresiva inscripción: "Remedios del alma." [1] Los hebreos conservaban con un respeto religioso en el fondo del santuario los libros de Moisés, de Josué y de los primeros profetas. La Persia y la Caldea tuvieron especial cuidado en reunir los monumentos de su historia grabados en láminas de estaño y de plomo, siendo famosa entre otras la biblioteca de Susa. Samos y Atenas fueron las primeras ciudades de Grecia que alzaron templos á la ciencia con la erección de bibliotecas, á las que van unidos los nombres de Policrates y Pisistrato que dieron el ejemplo de coleccionar manuscritos en depósitos especiales; y por último, Roma, heredera y continuadora de la civillzación griega, siguió la huella de sus maestros, sin

que el genio belicoso de su pueblo fuese parte á impedir que en él se despertara el amor á las letras y á las artes, y fundase suntuosas bibliotecas como la de Augusto en el templo de Apolo, las del Capitolio y el templo de la Paz, y la llamada Ulpiana creada por Trajano y que Diocleciano agregó á sus Termas.[2]

Cuando el Occidente quedó sepultado bajo las ruinas del imperio romano, las letras hallaron refugio y protección entre los árabes, citándose á este propósito las bibliotecas de Fez y de Marruecos. En medio de la barbarie que envolvía á la Europa, los monasterios fueron el asilo de la ciencia; allí se reunieron los libros que habian escapado del naufragio, siendo una prueba de la importancia que se daba á aquellos respetables depósitos, las excesivas precauciones que se tomaban para su aumento y conservación. Carlomagno, ese genio extraordinario, que en medio de la rudeza de su siglo comprendió la saludable influencia que la instrucción ejerce en los pueblos, creó entre otros establecimientos una biblioteca bastante numerosa, mientras en España llegaron á contarse sesenta bibliotecas fundadas en Andalucía por los moros, figurando entre ellas la de Córdoba que contenia 250,000 volúmenes.

La invención del papel en el siglo XIII, al facilitar la multiplicación de los manuscritos, y dos siglos más tarde la revelación asombrosa de Guttenberg, pues tal

nombre merece el descubrimiento de la imprenta, abrieron un campo ilimitado á la inteligencia, provista ya de tan poderosos auxiliares. Había llegado el momento en que iban á desarrollarse y fructificar los gérmenes depositados durante mil años y que habian acabado por fundirse y tomar forma consistente en el recio molde de la idea cristiana; los gobiernos comenzaron á prestar especial protección á las ciencias, no olvidando la creación de bibliotecas, algunas de las cuales, pobres en sus principios, han llegado á adquirir con el trascurso del tiempo proporciones verdaderamente grandiosas.[3]

Volvamos, empero, las miradas á nuestro propio país; véamos siquiera de una manera rápida lo que han sido las bibliotecas en México, lo que es y debe ser la que con el nombre de Nacional hoy inaugura el principal de sus salones.

Aquí tambien los antiguos mexicanos comprendieron la importancia de la formación y guarda de los manuscritos en que se contenía todo lo relativo á su modo de ser social, religioso y político. No conocían la escritura alfabética, pero sus geroglíficos les bastaban para conservar la historia, las peregrinaciones, las genealogías, los códigos civiles y criminales, el calendario, la mitología, el arte divinatoria, la astronomía, los planos geográficos, las cuentas y tributos, etc., teniendo cuidado de coleccionar aquellos manuscritos en grandes de-

pósitos que formaban verdaderas bibliotecas. La mayor de éstas se hallaba en Texcoco, siguiéndole en importancia México, donde muchos empleados se ocupaban exclusivamente en copiar y arreglar las pinturas bajo la vigilancia de un noble nombrado por el rey.[4]

Desgraciadamente parece que una ley fatal obliga al espíritu humano á tropezar á cada paso con obstáculos que se burlan de su esfuerzo, sometiéndole á la ruda tarea de rehacer constantemente la obra comenzada. La destrucción que provocan las guerras, los odios de secta, la saña de tiranos poco ilustrados, no sólo se ha extendido á los hombres que por su superioridad intelectual inspiran celos y sospechas, sino que ha ido á cebarse en las mismas obras de la inteligencia, incendiando bibliotecas y causando de esta manera pérdidas irreparables. Cuando los babilonios tomaron á Jerusalem, los libros de los judíos fueron despedazados y quemados. Igual suerte corrieron en China los libros de los filósofos por órden de un emperador, 200 años antes de nuestra era.[5] La biblioteca formada en la antigua Bizancio por Constantino el Grande, después de una larga serie de vicisitudes, acabó por ser definitivamente destruida en odio á los cristianos bajo el reinado de Amurat IV. La célebre biblioteca de Alejandría, fundada por Tolomeo Soter, llegó á contener 700,000 volúmenes, pero el incendio de la ciudad al ser ocupada por César,

las luchas entre cristianos y paganos á fines del siglo IV, y la orden de incendio trasmitida por el califa Omar á su capitán Amrú, destruyeron para siempre aquel depósito inmenso de la sabiduría antigua.[6]

Las bibliotecas de México no quedaron exentas de ese funesto destino: el rey Itzcoatl mandó destruir las relaciones antiguas á fln de que no llegasen á noticia del vulgo y fuesen menospreciadas. Los aliados tlaxcaltecas, al ocupar en compañía de los castellanos la ciudad de Texcoco, destruyeron la biblioteca que allí existía. La misma suerte cupo á la de México al caer en poder de los españoles y sus aliados. Más tarde, la destrucción tomó mayores proporciones, pues como refiere Torquemada: "los indios antiguos escondieron estos papeles porque no se los quitasen los españoles cuando les entraron la ciudad y tierras, y se quedaron perdidos por muerte de los que los escondieron, ó porque los religiosos y obispo primero Don Juan de Zumárraga los quemaron con otros muchos de mucha importancia para saber las cosas antiguas de esta tierra; porque como todas ellas eran figuras y caracteres, que representaban animales racionales é irracionales, yerbas y otras cosas de este tono, entendieron que era demostración de superstición idolátrica; y así quemaron cuantos pudieron haber á las manos, que á no haber sido diligentes algunos indios curiosos, en esconder parte de estos papeles

y historias, no hubiera ahora de ellos aun las noticias que tenemos." [7]

Una vez en tranquila posesion de estas vastas comarcas, la corona de España dictó cuantas medidas eran necesarias para su organización y buen gobierno. Al elemento eclesiástico, y sobre todo, al monacal, tocó gran parte en aquella obra de reparación y de cultura. Presto se establecieron escuelas y colegios en que se enseñaban las letras y las artes propias de la vida civilizada; el obispo Zumárraga introdujo la primera imprenta que multiplicó los libros destinados á la instrucción civil y religiosa; fundóse la Universidad de México y erigiéronse multitud de conventos en todo el territorio conquistado, siendo cada uno de ellos asilo de beneficencia para el desvalido y foco de ilustración para el ignorante. Había llegado á ser locución proverbial que un monasterio sin biblioteca es una plaza fuerte sin arsenal; [8] verdad que traían bien sabida los fundadores de conventos mexicanos, y que le daban aplicación práctica estableciendo en cada uno de éstos, bibliotecas, algunas de las cuales adquirieron con el tiempo notables proporciones. Entre los hombres que más hicieron por la instrucción en aquellos días, merece especial remembranza Fr. Alonso de la Veracruz, uno de los primeros profesores en nuestra Universidad, y entre cuyos trabajos se cuenta la fundación del colegio de San Pablo en

1575, creando allí una biblioteca que Grijalva califica de insigne y "que el año antes, segun las palabras del mismo historiador, había traído de España, buscada de diversas partes y Universidades donde había libros de todas facultades, de todas las artes y lenguas de que se tenía noticia."[9] Los jesuitas fundaron á su venida, en 1573, el colegio de San Pedro y San Pablo, en donde establecieron la biblioteca que trasladada después á San Ildefonso llegó á tener considerable importancia. El obispo Don Juan de Palafox y Mendoza creó en Puebla la biblioteca llamada *Palafoxiana;* y por último, á la filantropía del Dr. Don Luis Antonio Torres Quintero y de sus sobrinos Don Cayetano Antonio y Don Luis Antonio Torres Quiñón, se debió la fundación de la Biblioteca pública de la Catedral de esta ciudad, entre cuyos principales donatarios hay que contar al Dr. D. Juan Francisco Campos y al arzobispo Don Juan Manuel Irizarri.

Lo dicho basta para comprender y estimar debidamente la importancia que en el período colonial se dió á las bibliotecas, pudiendo decirse, en resumen, que no hubo colegio, universidad ni convento, así en la capital como en las demás ciudades de lo que se llamó Nueva España, que no poseyese colecciones de libros más ó ménos ricas y numerosas, siendo fácil formarnos idea, por lo que de ellas nos ha quedado, del espíritu que dominaba en su formación y de las ciencias que pre-

ferentemente se cultivaban en aquella época. Apenas México consumó su independencia, y adoptando instituciones liberales en armonía con el espíritu del siglo, comenzó á promover cuanto era conducente para difundir la instrucción en todas las clases sociales, surgió la necesidad de formar una gran Biblioteca Nacional, á ejemplo de las que existen en todas las naciones cultas y que ocupan lugar prominente entre sus más valiosos monumentos. Con este fin se expidió el decreto de 24 de Octubre de 1833, destinándose á la biblioteca las piezas que se creyeran necesarias en el extinguido colegio de Santos, y debiendo comenzar á formarse con la librería de la Universidad, igualmente extinguida, la del referido colegio, y las obras que sucesivamente se fuesen adquiriendo. Aquella disposición corrió, sin embargo, la suerte de todas las demás encaminadas al fomento de la instrucción pública; la reacción política de 1834 las echó por tierra de una plumada, y el proyecto de Biblioteca Nacional quedó aplazado hasta mejores tiempos, en que el espíritu de reforma hubiese adquirido suficiente consistencia para reducir á la práctica sus sabias innovaciones.

En efecto, las grandes ideas acaban por triunfar tarde ó temprano de los obstáculos que á su desenvolvimiento oponen la preocupación y la rutina; así vemos que en 30 de Noviembre de 1846 se expidió un nuevo

decreto sobre la misma materia, haciéndole preceder deluminosos considerandos, en que se determinaba la importancia y objeto de las bibliotecas públicas, y la necesidad de establecer la que con el carácter de Nacional tuviese asiento en la metrópoli de la Confederación Mexicana. Pero este segundo proyecto no alcanzó mejor éxito que el anterior: la guerra extranjera, y los disturbios civiles que sobrevinieron en seguida, dando lugar á que se entronizara la dictadura militar, impidieron la realización de tan noble pensamiento. Once años después, bajo la administración liberal de 1857 y con fecha 14 de Setiembre, se dió el decreto en cuya virtud quedó suprimida la Universidad de México, destinándose su edificio, libros, fondos y demás bienes que le pertenecían, á la formación de la Biblioteca Nacional. Nuevos obstáculos vinieron con las guerras en que se vió envuelto el país á causa de la reacción conservadora y de la intervención extranjera; hasta que restablecida la República, se decretó el 30 de Noviembre de 1867 la creación de la Biblioteca Nacional en la antigua iglesia de San Agustín, destinándole además de los libros que se señalaban en las disposiciones antes mencionadas, todos los de los antiguos conventos y los de la biblioteca que fué de la Catedral.

Esta vez no había ya temor de que los enemigos de las instituciones democráticas estorbasen la realización

de un proyecto tantas ocasiones frustrado; el partido anti-liberal había quedado definitivamente vencido en los muros de Querétaro, sin que fuese posible una nueva reacción que viniese á destruir ó á aplazar al menos los frutos de la reforma. Impedimentos de otra naturaleza retardaron, empero, si no del todo el establecimiento de la Biblioteca Nacional, puesto que una parte considerable de los libros de que consta ha estado al servicio del público en la antigua capilla del Tercer Orden, sí la organización completa tal como lo había querido el legislador. El plan arquitectónico concebido al efecto era de tal manera grandioso, que exigía años para su desarrollo, y más que todo, fondos considerables de que no siempre podían disponer las administraciones que se han venido sucediendo de entonces acá. Esto explica suficientemente el motivo de haberse retardado por tanto tiempo la instalación de la Biblioteca Nacional en el suntuoso salón que hoy se inaugura.

Encargado por el Supremo Gobierno de la República, de la dirección de este establecimiento en los últimos días de Noviembre de 1880, mi primer pensamiento fué fijar una base de organización sencilla y completa, que facilitase el manejo de una biblioteca que adquirirá sin duda enormes proporciones, y que sin tal requisito no sería más que una informe aglomeración de libros que prestaría muy poca utilidad. Mucho se ha escrito en ma-

teria de bibliografía; los sistemas de clasificación abundan, desde el de Aldo Manucio en el siglo XV hasta los de Techner y Brunet en el nuestro; había, pues, que escoger entre ellos el que más se recomendase por su claridad y por su método, y creí encontrar ambas circunstancias en el propuesto por Namur en su Proyecto de un nuevo sistema bibliográfico de los conocimientos humanos, lo cual me decidió á adopatarle mediante algunas ligeras modificaciones que me parecieron convenientes. Por otra parte, como observa el autor citado, "antes de comenzar la organización de un biblioteca se debe trazar un plan meditado maduramente y apropiado al género de su composición y á la localidad; pero una vez determinado hay que seguirle sin separarse de él, siendo un deber del bibliotecario establecer desde el principio todos los trabajos, de manera que su sucesor pueda orientarse inmediatamente y sin dificultad, á fin de que no se interrumpa el uso de la biblioteca." Así pues, quedaron definitivamente establecidas las diez divisiones siguientes, cada una de las cuales se descompone en varias secciones: 1ª Introducción á los conocimientos humanos; 2ª Teología; 3ª Filosofía y Pedagogía; 4ª Jurisprudencia; 5ª Ciencias Matemáticas, físicas y naturales; 6ª Medicina; 7ª Artes y Oficios; 8ª Filología y Bellas Letras; 9ª Historia y ciencias accesorias; y 10ª Misceláneas literarias y críticas. Periódicos.[11]

Una vez adoptado este plan procedí inmediatamente á su ejecución sobre los libros que se hallaban al servicio del público, completando de este modo la noticia de ellos, y determinando todos los pormenores bibliográficos que exige la formación de un buen catálogo El trabajo, sin embargo, no podía completarse mientras no se concluyese el salón principal, pues existían más de 800 cajones de libros embodegados desde 1867, cuyo arreglo era imposible sin aquella circunstancia. Por último, el salón fué entregado á fines de Noviembre de 1882; entonces fué preciso emprender un exámen prolijo y laborioso que presentaba dificultades de otra naturaleza; los libros habían sido encajonados sin órden ninguno, y hubo necesidad de emplear algunos meses en completar las obras, que se distribuían en seguida conforme á las divisiones adoptadas y en los lugares determinados de antemano. Así pudo verse el gran número de obras que quedaron truncas, y de las cuales se ha tomado razón por orden alfabético, pudiendo añadir que los volúmenes destruidos no fueron tan numerosos como era de temerse, teniendo en cuenta los muchos años que estuvieron encerrados en bodegas húmedas y poco ventiladas.

Esta exploración detenida y minuciosa me hizo formar cabal idea del contenido de la Biblioteca, así como del camino que hay que seguir para hacerla digna de

su objeto y de la cultura mexicana. Desde luego, atendiendo á los orígenes de su formación, las librerías de los conventos, de la Catedral y de la Universidad, fácil es comprender que el elemento teológico entra en enorme proporción, no sólo por su cantidad, que sin exageración forma las dos terceras partes del número total de volúmenes, sino por las obras repetidas, de algunas de las cuales existen 15, 20 y más ejemplares. Lejos estoy de suponer que la teología sea una ciencia muerta que no ocupa ya al pensamiento, pues el solo número de 85 periódicos que sobre esta materia se publican en Paris, lo mismo que la multitud de obras que con igual objeto aparecen diariamente en el extranjero, vendrían á poner de manifiesto lo erróneo de semejante opinión. Creo además, que aun cuando únicamente fuese como monumento de actividad intelectual durante una larga serie de siglos, deben conservarse en una biblioteca del carácter de la Nacional, esas obras colosales, entre las que se encuentran verdaderas joyas bibliográficas; pero tambien es preciso reconocer que el espíritu del siglo en que vivimos; el ensanche prodigioso que han adquirido y adquieren cada dia todos los conocimientos humanos y por último, la necesidad urgente de difundir la enseñanza, de abrir á la juventud estudiosa todas las fuentes del saber, hacen indispensable dar á las demás divisiones el vasto desarrollo de que son susceptibles.

Siguen por el orden de importancia numérica, la historia, en que ocupan lugar considerable la eclesiástica y la de México, aumentada esta última con la valiosa donacion del Sr. Lafragua. La jurisprudencia, en que entran con un contigente copioso el derecho canónico, el romano y el antiguo español. Las bellas letras, en que se encuentran preciosas ediciones de clásicos griegos y latinos, gramáticas y diccionarios de las lenguas sabias, que indican la importancia que nuestros antepasados daban á esta clase de estudios, si bien se nota gran falta de libros relativos á las lenguas indígenas. La filosofía, en que predomina la escolástica; viniendo ya las otras divisiones en proporción mucho menor, no obstante que todas ellas registran obras de indisputable mérito. Por lo que respecta á periódicos, existen colecciones bastante copiosas de nacionales y extranjeros; y en cuanto á manuscritos puede señalarse el archivo de la antigua Universidad, algunos en lengua mexicana, y muchos sobre teología y derecho que contienen los cursos académicos que se seguían en los conventos.

Conocido ya el caudal efectivo de la Biblioteca Nacional no es dificil ir enriqueciendo sistemáticamente las diversas divisiones, llenando los vacíos que en ellas se observan, tarea que se allana en gran manera teniendo á la vista buenos catálogos de las principales librerías extranjeras, y siguiendo el movimiento intelectual

indicado por las obras que en todas materias se dan á la estampa, y cuya noticia se consigna oportunamente en los periódicos bibliográficos. Esto es lo que he procurado hacer en cuanto lo permiten los recursos asignados al fomento de la Biblioteca; así se han adquirido las obras modernas más notables tanto en filosofia y ciencias naturales, como en medicina, historia, bellas letras y jurisprudencia, sin haber olvidado la bibliografia, tan necesaria para un establecimiento de esta clase, ni la tecnología, cuya sección de bellas artes casi no existía, ni por último las publicaciones periódicas que sobre materias especiales ven la luz en el extranjero, y que tan importante papel representan en el desenvolvimiento intelectual de los pueblos.

Tales son en compendio los trabajos emprendidos para llevar á cabo la organización de una Biblioteca que no ocuparía ciertamente lugar desairado al lado de los establecimientos de su género con que se envanecen las naciones más ilustradas de la tierra, como podrá verse en pormenor luego que se impriman los catálogos que actualmente se están arreglando. Si en esa larga y complicada labor se notan defectos que no pretendo disimular, culpa será de mi poca pericia, pues aunque no he hecho más que cumplir con los deberes anexos al puesto que se me ha confiado, creo poder decir que no he omitido esfuerzo alguno para llegar al objeto desea-

do. La Biblioteca Nacional, tal como hoy existe, ofrece un conjunto digno de la cultura de la sociedad mexicana; lo demás es obra del tiempo y de la atención que á su fomento consagren los depositarios del poder supremo. Felizmente el genio de la paz ha ahuyentado las furias de la discordia fratricida, y á su soplo benéfico florecerán las letras y las artes que forman la espléndida corona de la civilización. El espíritu público, abstraido tanto tiempo en complicaciones políticas, se entregará tranquilamente á los nobles ejercicios de la inteligencia; cesará el deplorable comercio que nos ha privado de tantos libros y documentos preciosos acerca de nuestra historia que han ido á enriquecer las bibliotecas extranjeras; se llenarán los vacíos que la incuria y el desorden de las revoluciones han dejado, y se traerá á la vez cuanto de más notable produzca el ingenio humano en esta época de actividad intelectual sin ejemplo, á fin de que nuestros sabios y filósofos, nuestros historiadores y artistas hallen en la Biblioteca Nacional los elementos necesarios para enaltecer con sus obras el nombre de la patria.

Al extender y multiplicar sus relaciones con los demás pueblos, México tiene necesidad de hacer un esfuerzo vigoroso, que hará indudablemente, pues le sobran energía y buena voluntad para avanzar con rapidez por el camino del progreso, difundiendo la instrucción

en todas las clases sociales, estimulando todos los talentos para que concurran con su valioso contingente al trabajo colectivo que labra el poder y riqueza de las naciones. Ningún sacrificio que en este sentido se haga será demasiado, teniendo por recompensa y como consecuencia inmediata el adelantamiento de un pueblo inteligente, á quien está reservada parte no pequeña en la obra del progreso universal. Saludemos, pues, señores, el fausto acontecimiento que motiva esta solemnidad, hoy que México asocia al recuerdo de uno de los hechos más gloriosos de su historia, el triunfo de las armas nacionales que afianzó para siempre la libertad é independencia, la realización del gran pensamiento iniciado hace medio siglo por los reformadores mexicanos, cabiendo al ilustre Ciudadano que desempeña actualmente la suprema magistratura de la República, la gloria de haber llevado á feliz término la obra emprendida hace 16 años por el inmortal Benito Juarez.

J. M. VIGIL.

NOTAS AL INFORME ANTERIOR.

1. La ciencia moderna ha encontrado en Tebas inscripciones que muestran claramente la existencia de una biblioteca; allí ha reconocido Champollion el geroglífico de la perfección divina que bajo el nombre de Thoth indica el *Espíritu de Dios*, *ciencia y luz*, al mismo tiempo que los geroglíficos del estudio y del oido.

2. Un botín de guerra dió orígen á su primera biblioteca, pues Paulo Emilio, vencedor de Perseo, trasladó á la ciudad eterna la rica colección de libros que habia reunido el rey de Macedonia. Más tarde Asinio Polión formó una biblioteca en el Atrio de la Libertad sobre el Monte Aventino, viniendo luego las que arriba quedan mencionadas. Curiosos pormenores que serian agenos de este lugar, nos han quedado sobre la organización de las bibliotecas entre los romanos, sobre el lujo que gastaban en su adorno y decoración, empleando para ello las maderas preciosas, el marfil, el mármol y el oro, siendo objeto de ostentación por parte de sus ricos po-

seedores, algunos de los cuales no sabian siquiera leer los títulos de sus libros, pero que manifestaban con su conducta la alta estima que en el concepto social habia adquirido la conservación de preciosos manuscritos que prestaban auxilio poderoso al adelantamiento de las ciencias.

3. Compárese por ejemplo lo que fué en su orígen la Biblioteca Nacional de Francia. El inventario de los libros existentes en el Louvre, formado por Gilles Mallet y completado en principios del siglo XV por los inventarios de Juan el Tartamudo, contiene la descripcion de 973 artículos, pertenecientes en su mayor parte á la teología, la literatura y la historia, mientras que apenas hallan lugar el derecho, la filosofía y las ciencias. Difícil sería distinguir en esta exigua colección, que casi no merecería en nuestros días el nombre de biblioteca, la base de ese establecimiento colosal que contaba en 1878 más de dos millones de volúmenes impresos, cerca de cien mil de manuscritos, 143,030 medallas, y 2.200,000 estampas, conservadas en 14,500 volúmenes y en 4,000 carteras; debiendo advertir que por este solo capítulo, fuera de las adquisiciones extraordinarias, el gabinete respectivo recibe cada año un aumento de más de 20,000 piezas debidas en su mayor parte al simple depósito legal.—V. á Mortreuil, *La Bibliothèque nationale son origine et ses acroissements jusqu'a nos jours.*

4. Tenían cuidado de conservar aquellos manuscritos formados en rollos, ó bien, plegados en doblez á la parte inferior, ó á la superior alternativamente, con dos tablas con las caras contrapuestas, lo que les daba la apariencia de los libros modernos.—*Clavijero*, tom. I., pág. 369.

Los libros lo mismo que el papel, eran designados con el nombre *amatl.* Sin entrar en más pormenores que podrían extenderse considerablemente con las curiosas noticias que sobre esto nos han dejado nuestros historiadores primitivos, lo dicho basta para comprender lo mucho que los antiguos mexicanos apreciaban esos establecimientos, que son por decirlo así la síntesis del progreso y civilización de un pueblo, el manantial de aguas purísimas en que las generaciones jóvenes pueden ir á saciar la sed de saber que las consume, hallando allí acumulados los trabajos de los sabios que les precedieron por una larga serie de siglos.

5. La orden comprendía todos los libros del Celeste Imperio, con excepción de los que tratasen de medicina, agricultura y adivinación, sal-

vándose á pesar de aquella disposición bárbara, las obras de Confucio y de Mencio, gràcias al valor y astucia de una mujer instruida.

6. Este último hecho ha sido puesto en duda por la crítica moderna.

7 Torquemada libro III, cap. VI. El Sr. García Icazbalceta niega en su preciosa obra sobre el obispo Zumárraga, la parte que á este prelado se atribuye en la destrucción de manuscritos mexicanos.

8. *Claustrum sine armario, quasi castrum sine armentario.*

9. Hé aquí la conclusión del pasaje: "El primer puesto fué de sesenta cajones de libros, á los cuales fué añadiendo este gran varón todos aquellos que venían á su noticia y no estaban en la librería. Adornó la librería con mapas, globos celestes y terrestres, astrolabios, horologios, ballestillas, planisferios, y al fin de todos aquellos instrumentos que sirven á las artes liberales. Con que quedó lo cosa más ilustre y de mayor precio en el Reyno.—*Crónica de la Orden de N. P. S. Agustin en las provincias de la Nueva España.* Edad III, cap. XXXII.

10. Esta biblioteca se enriqueció sucesivamente con las donaciones del padre rector Pedro Velasco, del doctor D. Manuel Antonio Rojo Río y Vieyra, arzobispo de Manila, del Dr. D. Pedro Pablo del Villar Santelices, y otras menos notables, de tal suerte que á la supresión de la Compañía en 1767, el índice hecho por órden del gobierno formó un volumen en folio, que probablemente fué remitido á Madrid con otros documentos relativos á dicho acontecimiento. Restablecido el Colegio cuatro años después, restauróse la biblioteca que había sufrido considerable menoscabo; donaciones sucesivas, entre las cuales hay que contar la adjudicación de la librería del antiguo colegio de Santos, le dieron nuevo incremento, llegando á poseer más de 8,000 volúmenes. Entre las bibliotecas de México merecen mencionarse la de San Gregorio, que debió su origen al empeño del rector D. Juan Rodríguez Puebla y de su digno sucesor el Dr. Diez de Sollano, en cuyo tiempo se contaban mas de 5,000 volúmenes, entre ellos varios curiosos manuscritos que hoy se hallan en la Nacional; la de San Juan de Letrán, formada en parte por compras hechas con fondos del establecimiento, y en parte con donaciones de los rectores, llegando de esta manera á tener más de 12,000 volúmenes. Por lo demás, hay un hecho digno de notarse, y es el celo especial que desde los primeros años de la dominación

española tuvieron muchas personas en la creación y fomento de bibliotecas. La sola noticia de esos activos propagadores de la instrucción exigiría un largo trabajo, que excede los límites del presente. Agregaré sin embargo á los nombres que quedan mencionados, el del Illmo. D. Juan Salcedo, natural de la ciudad de México y dean de la iglesia metropolitana. Su importancia como hombre de letras puede verse en la "Biblioteca hispano-americana" de Beristain, de donde tomamos las siguientes noticias que se ligan con nuestro propósito: "Formó una copiosa y exquisita biblioteca, avaluada en aquellos tiempos en catorce mil pesos, la que dejó á los religiosos de Santo Domingo de México con la obligacion de reconocer una capellanía para un familiar suyo, y que muerto éste habian de servir los religiosos. Fué vicario general y gobernador del arzobispado, y falleció de 80 años el sábado de ramos de 1626, habiendo renunciado tres mitras. Su entierro, á pesar de haber encargado en su testamento que se hiciese sin pompa, se solemnizó como el de los vireyes y arzobispos, concurriendo á él el virey Marqués de Cerralvo con la Audiencia, y todos los cuerpos, comunidades y colegios de la capital."

11. Hé aquí el desarrollo del sistema de Namur en sus partes principales.

PRIMERA DIVISION.

INTRODUCCION A LOS CONOCIMIENTOS HUMANOS.

I. Preliminares. II. Enciclopedias. III. Logografía: 1 *Del lenguaje.* 2 *Origen de la escritura.* 3 *Paleografía.* 4 *Autógrafos.* 5 *Archivos.* 6 *Caligrafía.* IV. Bibliología: 1 *Imprenta.* 2 *Librería y Encuadernación.* 3 *Bibliografía.* 4 *Historia de las bibliotecas.*

SEGUNDA DIVISION.

TEOLOGIA.

I. Introducción. II. Sagrada Escritura: 1 *Textos.* 2 *Comentarios.* 3 *Traducciones.* 4 *Libros apócrifos.* 5 *Historia abreviada y figuras de la Biblia.*

III. Crítica y hermenéutica sagrada. IV. Liturgia. V. Concilios y sínodos. VI. Padres de la iglesia. VII. Teología especulativa: 1 *Teologia escolástica y dogmática.* 2 *Moral.* 3 *Catequética.* 4 *Parenética.* 5 *Ascética.* 6 *Polémica.* 7 *Heterodoxa.* VIII. Misceláneas de Teología.

TERCERA DIVISION.

FILOSOFIA Y PEDAGOGIA.

I. Prolegómenos. II. Historia de la Filosofía. III. Tratados de Filosofía: 1 *Tratados generales y elementales.* 2 *Tratados particulares: Lógica, Metafísica, Moral, Estética.* 3 *Miscelaneas de Filosofía.*—IV. Obras completas de filósofos.—V. Pedagogía.

CUARTA DIVISION.

JURISPRUDENCIA.

I. Prologómenos: 1 *Introducción al estudio del Derecho.* 2 *Historia del Dereeho.* 3 *Filosofía del Derecho.* 4 *Enciclopedia y metodología del Derecho* II. Derecho natural y político. III. Derecho romano. IV. Derecho originariamente germánico. V. Derecho civil moderno. VI. Derecho mercantil. VII. Procedimientos civiles. VIII. Derecho criminal. IX Obras sobre todas las partes del Derecho. X. Derecho canónico y eclesiástico. XI. Notariado, Derecho administrativo, leyes fiscales y de policía, etc. XII. Derecho público interno. XIII. Derecho de gentes é historia política. XIV. Estadística. XV. Economía política.

QUINTA DIVISION.

CIENCIAS MATEMATICAS, FISICAS Y NATURALES.

I. Matemáticas y cieneias que dependen de ellas: 1 *Introducción á las ciencias matemáticas.* 2 *Historia de las Matemáticas.* 3 *Diccionarios de las ciencias matemáticas.* 4 *Matemátices antiguos y modernos; obras completas.*

5 *Cursos de matemáticas; tratados generales.* 6 *Matemáticas puras. Aritmética, Algebra, Cálculo diferencial é integral, Geometría, Trigonometría, Geometría analítica, Geometría descriptiva, Tablas de Logaritmos, Misceláneas de Matemáticas puras.* 7 *Matemáticas aplicadas: Ciencias físico-matemáticas; Ciencias técnico-matemáticas; Ciencias militares.* 8 *Descripción de los instrumentos matemáticos, astronómicos, etc.* II. Física: 1 *Preliminares.* 2 *Historia.* 3 *Diccionarios.* 4 *Cursos y tratados generales.* 5 *Tratados particulares: Pneumática, Acústica, Meteorología, etc.* 6 *Misceláneas.* 7 *Descripción de los instrumentos de Física.* III. Química. IV. Historia natural: 1 *Historia natural general.* 2 *Mineralogía.* 3 *Botánica.* 4 *Zoología.*

SEXTA DIVISION.

CIENCIAS MEDICAS.

I. Preliminares. II. Historia de las ciencias médicas. III. Diccionarios de medicina. IV. Médicos antiguos. V. Médicos modernos. VI. Tratados generales elementales. VII. Anatomía. VIII. Fisiología. IX. Antropología. X. Higiene. XI. Patología y Terapéutica. XII. Farmacia y Farmacopea. XIII. Materia médica. XIV. Medicina legal. XV. Cirujía. XVI. Medicina veterinaria. XVII. Misceláneas sobre todas las partes de las ciencias médicas.

SETIMA DIVISION.

ARTES Y OFICIOS.

I. Preliminares. II. Historia. III. Diccionarios. IV. Tratados generales. V. Bellas artes: 1. *Iconografía, Monogramas.* 2. *Dibujo, Perspectiva y Litografía.* 3. *Pintura.* 4. *Grabado.* 5. *Escultura.* 6. *Arquitectura y artes que dependen de ella.* 7. *Música.* 8. *Artes gimnásticas: Esgrima, Equitación, Natación, Baile, Caza, Pesca.* 9. *Juegos de sociedad, de azar y de cálculo.* VI. Tecnología: 1. *Preliminares.* 2. *Tratados generales.* 3. *Tratados particulares relativos á diversos oficios.*

OCTAVA DIVISION.

FILOLOGIA Y BELLAS LETRAS.

I. Introducción: 1. *Filología: Introduccion al estudio de la Filología; tratados generales; origen y formación de las lenguas; comparación de las lenguas; gramática general.* 2. Bellas letras: *Tratados sobre la poesía: introducción á la poesía dramática; Retórica.* II. Gramáticas: *Gramáticas orientales, griegas, latinas, etc.* III. Diccionarios: *Diccionarios orientales, griegos, latinos, etc.* IV. Autores clásicos orientales, griegos, latinos, etc.

NOVENA DIVISION.

HISTORIA Y CIENCIAS AUXILIARES.

I. Geografia. II. Viajes. III. Cronología. IV. Genealogía. V. Heráldica. VI. Diplomática y Esfragística. VII. Numismática. VIII. Epigráfica. IX. Arqueología. X. Antigüedades. XI. Introducción á la Historia. XII. Historia universal antigua y moderna. XIII. Historia de las religiones y supersticiones. XIV. Historia antigua. XV. Historia de la Edad Media. XVI. Historia moderna. XVII. Misceláneas históricas generales. XVIII. Historia literaria. XIX. Biografia general.

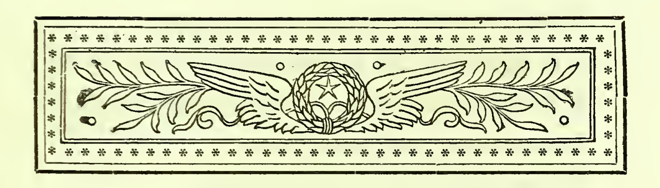
DECIMA DIVISION.

COLECCIONES Y MISCELANEAS LITERARIAS Y CRITICAS; PERIODICOS.

I. Colecciones literarias y críticas generales. II. Colecciones literarias y críticas profesionales. III. Misceláneas y noticias críticas sobre libros raros y curiosos. IV. Periódicos políticos.

Tales son los puntos capitales del sistema de Namur, en el que, como he indicado, introduje algunas modificaciones que seria largo puntualizar en este lugar. Respecto del sistema en todos sus detalles, desde fines de 1871 y principios de 1872 fué traducido y publicado por mí en una serie de artículos que sobre la organización de la Biblioteca Nacional inserté en el *Siglo XIX*.





EN LA INAUGURACION

DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

DE MÉXICO.

Región de eterna luz, piélago inmenso
Que atraviesa el espíritu infinito
Para llegar á Dios; rasga tu velo,
Y deja que mi cántico bendito,
Como ave complacida en el espacio,
Se meza dulce recorriendo el cielo.

El alma es el valor: cuando yo siento
Que la gran creación en mi alma cabe
Y no acierta á medir el firmamento;

Cuando me aterra el mar, y la luz pura
A la espalda del sol se desvanece
Y en vuestro eterno hervor de astros sin cuento
Como átomo perdido desparece. . . .
Entonces grito *¡Dios!* El horizonte,
Retrocediendo al poderoso grito,
De la vista espantada se retira,
Y anonadada el alma reverente
Exclama: ¡El infinito!. . . . ¡El infinito!
Al sólo percibir un tenue rayo
De la aureola del Sér Omnipotente.

Tú que le diste con tu mano amiga
Su trasparente túnica á la aurora,
Tu dulce aliento al cóncavo vacío,
Sus rayos de oro á la feeunda espiga,
Su música apacible al manso río;
Da á mi canto, Dios mío,
Tal luz, tal vibración, tanta armonía,
Que haga reverberar bajo tu amparo
El nombre amado de la patria mía. . . .

Yo no sé si fué ensueño; mas yo he visto
Surgir como en un piélago infinito
Una llama, otra llama, otras sin cuento,
Y aisladas levantarse revestidas

Del iris ostentando los colores.
Sopló impetuoso el viento,
Y las llamas entonces confundidas
Tornáronse ancho mar que envolvió ardiente
La tierra y el excelso firmamento.

¿Qué es lo que miro? dije, y voz potente
Respondió: es la alma humana
Que surge de la muerte, que luciente
Se adhiere, se confunde, y en su esencia
Forma ese mar de luz en que domina
Sublime la *Suprema inteligencia.*

Dios es la eterna luz; el hombre, prisma
En que el iris ostenta su tesoro;
Porque el prisma se rompa ¿la luz pura
Deja de contener en sus entrañas
La púrpura y el oro?

Espíritu de Dios, tú que agitaste
Los átomos sin fin en remolino,
Y al desparcirse en el espacio inmenso
Quedaron reluciendo las estrellas,
Polvo de tu magnífico camino,
Convertiste el eterno firmamento
En registro esplendente de tu gloria.

El hombre á la memoria
Su tránsito fugaz encomendaba,
Y la ola vagabunda de su historia
Otra ola indiferente la borraba.
Ansiando lo inmortal en loco anhelo
Procuró detenerse el pensamiento,
Y al estrellarse en su girar violento
Al pié de la pirámide y el muro,
Se estampó el geroglífico luciente,
Huella de los recuerdos de la mente,
Y se vió luz en el pasado oscuro,
Y luz de aurora iluminó el futuro.
Era el gesto, era el grito, era ¡oh mortales!
La historia que en su cuna sonreía
Y dando de su vida las señales
En brazos de la piedra balbucía.

Del tiempo vino la voraz corriente;
El arco, la columna, el alto templo
Se tornaron en ruinas,
Y hoy en ellas la ciencia deletrea
La historia de los Budas peregrina,
Los misterios de Egipto y de Caldea.
En tanto, anciano de cabellos blancos,
Profusa barba, con el pié desnudo
Y los ojos sin luz, como mendigo,

Con el hombro de un niño por apoyo,
Cruzaba el mundo el inmortal Homero.
Mas su labio se abría,
El pueblo en su redor se congregaba,
De sus acentos se formaba día,
Su hermosa faz radiaba,
Y de su canto armónico surgía
Un mundo, creación que embelesado
El genio de los griegos repetía,
En tanto que en su frente relucía
La luz indeficiente del pasado!!
Y fué la tradición.... y el libro vino
Fijando en el papirus su memoria,
E hizo del pensamiento su victoria
La encarnación de Guttenberg divino!

¿Qué es el libro? ¿Qué expresa? ¿Qué excelencia
Representa en el mundo de la mente,
Flor bella de la humana inteligencia?
Es lámpara radiosa en que la llama
Inmortal vive de la humana idea;
Es búcaro sagrado que contiene
Perfumes del espíritu del hombre
Que del tiempo fugaz se enseñorea;
Es la nube que encierra silenciosa
El rayo destructor, que cuando truena,

La humanidad se eleva victoriosa
Y arranca de su cuello la cadena;
Es mágica mansión en que palpamos
Triunfantes del olvido
El cálculo sutil, la augusta ciencia,
El delirio, y el gozo, y el gemido,
Y el grito aterrador de la conciencia.
¡Oh! Dios se mira aquí, que aquí radiante
La humanidad encierra su esperanza;
De aquí brota en acento inextinguible
El hosana inmortal en su alabanza.

El hombre aquí cual geólogo atrevido
Indaga, exhuma, estudia y analiza
Las faces todas del Señor increado;
Compone audaz y desbarata mundos,
Y al porvenir arranca sus secretos
Al frente del cadáver del pasado.
Precioso semillero
De la mente feliz que le cultiva
A su influjo florece,
Y calentada por su lumbre viva
Se multiplica, y se alza, y resplandece.
De rica sangre poderosa vena
Que en el dudoso porvenir consuma
Mística trasfusión y vida ardiente,

Trasmitiendo del arte y de la ciencia
De ola en ola la luz indeficiente.
Pan de las almas que propicio alienta,
Y los grandes instintos acaricia
Y las nobles pasiones alimenta:
Del pueblo rey inagotable fuente
De libertad sagrada y de justicia.

Es el pasado campo misterioso
Visto á la luz de la apacible luna,
Que guarda en su recinto silencioso
Las ruinas del dolor y la fortuna.
Allí el gemir del infeliz esclavo;
Allí los instrumentos de tortura;
Allí arrastrando en la lujuria impura
La beldad el magnífico cabello;
Allí el fuerte oprimiendo con su planta
Lel pueblo vil el doblegado cuello. . . .
Pero allí está Colón en la agonía
De las ondas del mar sacando un mundo;
Allí está Guttenberg de alas dotando
Al pensamiento hundido en el profundo;
Allí á la voz de Hidalgo brota un pueblo
Que en la barbarie mísero gemía,
Y que hoy desde la cuna del progreso
Himnos entona al Hacedor del dia.

Es el pasado amor.... Es el anhelo
Del que buscaba el bien; es el martirio
Del que pidiendo luz se hundió en la tumba,
Del que iba á la verdad y halló el delirio.

Obreros del progreso ¿quién un canto
Para vosotros digno produjera,
Un canto que vengara vuestros manes
Del dolor, la miseria, y el olvido,
Y que quedara cual dosel precioso
Sobre vuestras cenizas suspendido?
¡Ingratos! ¿renegais de ese pasado
Que tanto amor encierra?
¿Qué no en su llanto fecundó la tierra?
Los hombres que murieron batallando
Con afanes prolijos,
¿No murieron clamando:
Muramos por el bien de nuestros hijos?

Archivo de los siglos, grande alcázar!
Que guarda del espíritu tesoros,
Bendito quien te erige.... el que al ultraje
Contesta del caduco continente
Cuando al alma inmortal tributa culto:
Contempla este festin y ve tu insulto
Y prosigue llamándome salvaje....

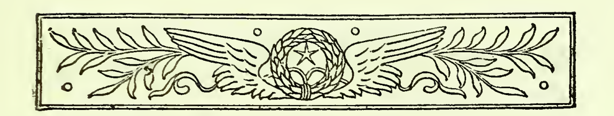
Ven, México, á la luz. En viva llama
Del sol de gloria tornaráse un día,
Enriqueciendo de la patria mía
Los lauros inmortales de su fama.
Ven, México, á la luz. Manjar de vida
Le brinda á la mortal inteligencia,
La sagrada igualdad enaltecida
Brilla enmedio del arte y de la ciencia;
Y en el taller del mísero artesano,
Y en medio del alcázar opulento,
Y en la ciudad, y en el hogar lejano,
Harán sentir su influjo soberano
Los frutos del saber y del talento.
¡Feliz poder el que afanoso cria
Estos focos de bien y de esperanza!
Pasarán la batalla y la victoria,
Pasarán el perdon y la venganza,
Y un solo libro digno de la gloria
Perpetuará tu nombre y tu alabanza.

Templo de Dios, despierta; sonó la hora
De tu resurrección: que te consagre
El óleo santo de la nueva vida;
Que atraviesen tus bóvedas suntuosas
Los himnos sacrosantos del progreso;
Que te acaricien con amante beso

Las almas silenciosas;
Que se amamante en tu divino pecho
En que palpita sangre mexicana,
La dignidad humana,
Y la paz, y el progreso, y el derecho.

GUILLERMO PRIETO.

Abril 2 de 1884.



EN LA INAUGURACION

DE LA BIBLIOTECA NACIONAL.

(Dedicada á mi buen amigo el Sr. Lic. Joaquin Baranda.)

ODA.

Ayer en este sitio se escuchaban
Las preces del creyente,
Que ante el altar postrándose de hinojos
É inclinando la frente
Hasta posarla humilde sobre el suelo,
Buscaba de sus penas el consuelo
Más allá de la tierra, en lo infinito
Que su mirar no alcanza,

En la ignota región do reverbera
Esa luz placentera
Que han llamado los hombres esperanza.

Aquí el anciano que la edad abate,
Vino á llôrar sus yerros juveniles;
El guerrero al partir para el combate,
Acudió con fe ruda,
Á implorar reverente
En este templo, de su Dios la ayuda;
Y la virgen gentil, cuyos amores
Cual delicadas flores
El desengaño marchitó inclemente,
Aquí vertió su llanto,
Primicias dolorosas del quebranto.

Bajo estas amplias vóbedas sonaban
Los acordes del órgano sonoro,
Y el imponente coro
Que los austeros monges entonaban
Al Dios del Cristianismo:
Rugió la tempestad y al poderoso
Empuje de su brío,
Derribando por tierra el fanatismo,
Trocó el altar del Dios de la clemencia
En templo del estudio y de la ciencia.

De Guttenberg el arte prodigioso,
Sacando cuidadoso
Del poder de un magnate
El manuscrito de la antigua historia,
Á la luz de la gloria
Produjo el libro, inauguró la prensa,
Y el saber difundiendo por doquiera,
En profusión inmensa,
Abrió á la humanidad la nueva era
De ciencia y de progreso,
Rasgó de la ignorancia el denso velo
Con la instrucción que el pueblo recibía,
Combatió el retroceso,
Y el mundo contempló con alegría
En el azul del cielo,
La poderosa llama
Que al calor del estudio se dilata,
Y convertida en faro refulgente
O en espléndida estrella,
Derrama su luz bella
Como fresco rocío sobre su frente.

La ciencia que ocultaba cuidadoso
El sacerdote egipcio en el santuario,
Que luego el poderoso
Pudo adquirirla derramando el oro,

Hoy al alcance está del proletario
Que ama la ilustración: suya es la ciencia;
Suyas tambien las artes liberales
Que hablan al corazón, y ese tesoro
Que mitiga sus males
Y hacen desarrollar su inteligencia,
Lo adquiere facilmente
Aquí, donde se alzaba
La plegaria devota del creyente.

Ya no resonarán en estas naves
Los salmos de David, ni el *Miserere*
Dirigidos á Dios; sus notas graves
Cuyo eco repitieron,
De este recinto para siempre huyeron.
Mas no queda sin culto este santuario,
Ni se niega homenaje
Al abnegado mártir del Calvario:
Que el hombre, al cultivar su inteligencia,
Emanación de Dios, con fè sencilla
Su espíritu elevando al infinito,
Implora su clemencia
Para hallar la verdad tan anhelada,
Y hacer que fructifique la semilla
Que en su cerebro ardiente
Depositó la mano omnipotente.

Sublime aspiración que le levanta
Del polvo de la tierra;
Meteoro que abrillanta
De su imaginación las ilusiones
Con la luz de la idea,
Que como sol magnifico en Oriente
Sus rayos centellea;
Faro que el rumbo de su nave guía
En el mar proceloso de este mundo;
Manantial de poesía
Que derrama á torrentes
Placenteras y gratas emociones
En torno de su mente;
Fuerza secreta que su cuerpo anima;
Espíritu del bien; genio fecundo
Que de los astros flota por encima.

¡Aquí la senda está! Junto á ese muro
Que la mano del tiempo ha respetado
Y el hombre ha decorado
Del arte con la espléndida belleza:
Allí está donde empieza
De las ciencias el árido camino.
Cada página guarda algun secreto;
Abridlas sin temor, vuestro destino
Es ir siempre adelante,

Y guiarán vuestro paso vacilante
Las doctrinas que en ellas imprimieron
Los muchos sabios que en el mundo fueron.

No es el valor la fuerza prepotente
Que eleva á las naciones
De gloria á las espléndidas regiones,
Sino la ilustración y el adelanto:
Cubrid con ese manto
Los hombros de la patria tan amada,
Brille sobre su frente
Del sabio la diadema
Para que sea del mundo respetada,
Y á luz de la gloria,
Del adelanto intelectual emblema,
Será su pabellón ante la historia.

RAFAEL LÓPEZ DE MENDOZA.

DISCURSO SOBRE LAS BIBLIOTECAS

PRONUNCIADO EN LA DISTRIBUCION DE PREMIOS
Y CLAUSURA DE LAS CÁTEDRAS

DEL INSTITUTO CAMPECHANO

EL 19 DE NOVIEMBRE DE 1871

POR EL DOCTOR JOAQUIN BLENGIO

RECTOR DE DICHO ESTABLECIMIENTO

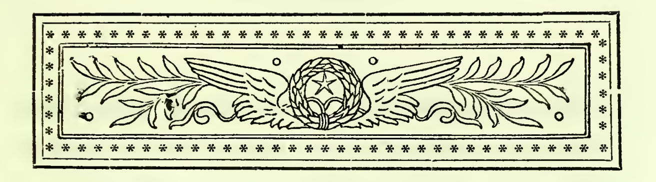
Sr. Lic. D. Joaquin Baranda.

Campeche, Noviembre 15 de 1883.

Mi querido amigo:

S*i á vd. pertenece la gloria de haber, en su primera administración, abierto al público la Biblioteca del Instituto Campechano, de que era yo entonces Rector, justo es que, al honrarme con la reimpresión de este pequeño trabajo, lo dedique á vd. con tanta más razón, cuanto que me fué inspirado por aquella importante mejora debida á su laudable iniciativa, y por las elocuentes y expresivas frases que dirigió vd. á los que asistieron á la celebraeión de aquel fausto suceso. Y, aunque obra sin mérito, y sin que esto agregue ni uno más á los muchos y brillantes títulos que ha sabido vd. tan dignamente conquistar, acéptelo vd. como un testimonio de admiración por su talento, y como una muestra del sincero cariño que le profesa su amigo*

J. Blengio.



LAS BIBLIOTECAS.

I

SEÑORES:

De nada servirian las conquistas del espíritu humano, si acabaran con el hombre en el sepulcro. Si las verdades de las ciencias, secretos arrancados á la naturaleza, se perdieran con los que las descubren; si las creaciones del entendimiento, hijas de la inspiración, murieran con los que tienen el privilegio de forjarlas, la humanidad permanecería inmóvil, y una ignorancia invencible sería su funesta herencia. Nadie pretendería un descubrimiento de pasajera utilidad; nadie correría tras una invención que habría de aprovechar por poco tiempo; nadie se entregaría á meditaciones cuyo fruto sería

efimero. Torricelli no hubiera inventado el barómetro, Kepler, no hubiera creado sus leyes, Cristóbal Colón no hubiera descubierto el Nuevo-Mundo. Inútil sería el sabio que narrara sus obras; inútil el poeta que cantara su numen; inútil el orador que hiciera oir su elocuente palabra; inútil, en fin, el artista que arrancara á las cuerdas su armonía, que esculpiera en la piedra su inspiración, que trasladara al lienzo su entusiasmo. ¡Pobre Sócrates, si hubiera desaparecido su Fedón! ¡Pobre Demóstenes, si se hubieran olvidado sus Filípicas! ¡Pobre Goethe, si se hubiera perdido su Fausto! ¡Pobre Fidias, pobre Rafael, pobre Rosini, si nadie se acordara del Júpiter-Olímpico, si nadie se acordara de La Transfiguración, si nadie se acordara del Guillermo Tell! Hoy viviriamos como nuestros primeros padres, si los adelantos, debidos al ingenio ó á la casualidad, no hubieran pasado de los primitivos moradores del mundo: nuestras habitaciones serian chozas; nuestros vestidos, pieles; nuestros alimentos, los frutos silvestres de los campos. Triste sería para nosotros si hoy hiláramos como Nahama, si trabajáramos los metales como Tubal Cain, si cultiváramos la viña como Noé. Pero es más grandioso nuestro destino: nuestra misión sobre la tierra no es vivir como tribus errantes, sin pasado que recoger y sin futuro que esperar: nuestra noble inteligencia y nuestra admirable organización nos impelen á vivir en

sociedad, á tener una historia, á preparar á nuestros descendientes el camino por donde han de pasar: somos como la esfinge colosal del desierto cuya grande oreja, segun el magnífico pensamiento de Ampère, parece recoger los ruidos del pasado, y cuyos ojos, vueltos al Oriente, parecen espiar el porvenir. ¿Qué seria el hombre si sólo trabajara para él? Su existencia sería un egoismo estéril, un vacío sin goces, una carrera sin emoción. ¿No es el encanto de la vida partir con nuestros padres y con nuestros hijos, eslabones que nos ligan à la cadena de nuestros semejantes, la cosecha de nuestro laborioso afán? Si porque no hemos de recoger el fruto del árbol que plantamos hoy, lo dejáramos de plantar, ¿qué poseería en este momento la humanidad? Sólo los animales nada recuerdan ni nada aguardan; sólo al bruto no ha sido concedida la perfectibilidad; sólo los séres irracionales no cuidan de mejorar la situación de su especie. ¿Queremos nosotros ser así? Pues bien: sólo conservando como en un depósito los adelantos que vamos adquiriendo, para trasmitirlos á los que nos han de suceder; sólo acumulando los materiales que vamos recogiendo en el sendero de la vida, para entregarlos á los que vienen detrás; sólo grabando en indelebles páginas el resultado de nuestras lucubraciones, de nuestros esfuerzos y de nuestra constante observación, para legarlos á las generaciones venideras, es como

podemos llenar el fin para que fuimos creados: el progreso y la felicidad. Por eso Dios ha querido que la humanidad disponga de su suerte. De allí el empeño del hombre en consignar á la posteridad de mil maneras sus pensamientos y sus obras, sus esperanzas y designios; de allí las altas pirámides que nos recuerdan el esplendor de cien pueblos que han desaparecido; de allí los obeliscos que con sus inscripciones emblemáticas nos hablan de una pasada grandeza; de allí los suntuosos monumentos que con sus relieves simbólicos nos demuestran una civilizacion antigua; de allí, por último, los libros que nos enseñan la cultura de nuestros antepasados. Así es como el movimiento del espíritu se propaga de generación en generación, á fin de que nada se pierda para la gran familia humana. Pero el hombre no podía conservar en su frágil memoria ni en su adulterable tradición todos los conocimientos adquiridos. Necesario le hubiera sido tener al mismo tiempo el alma de Aristóteles y de Galeno, de Horacio y de Vitruvio, de Linneo y de Pitt. Por eso se vió obligado á reunir en recintos estrechos todas las ciencias, todas las artes, todas las doctrinas. De allí la Biblioteca, ese foco de todas las luces, esa cabeza de todos los cuerpos, ese cuerpo de todas las almas, esa alma de todas las inteligencias.

II

Casi todos los pueblos desde los más antiguos hasta los más modernos han comprendido la necesidad de esas grandes colecciones, y todos han fundado sus bibliotecas. Dos mil años antes de Jesucristo, Osimandias estableció en Tebas una famosa que se cree la primera del mundo. En las ruinas de Ramasseum se ha encontrado otra no ménos notable, puesta bajo el patrocinio de dos divinidades: Toth, dios de las ciencias y de las artes, y Saphré, señora de las letras. ¡Cuál sería la importancia que daban los Egipcios á semejantes establecimientos, cuando los creían dignos de ser colocados bajo la proteccion del cielo! La medicina, la teología, la magia, la epopeya, todas las nociones de aquella edad se encontraban allí. Y esto no es una fábula: no ha mucho que Mr. Rougé leyó al Instituto de Francia la traducción de un poema de esta biblioteca, consagrado á celebrar las hazañas de Ramsés. ¿Quién no ha oido hablar de la célebre biblioteca de Alejandría, cuyos setecientos mil volúmenes el Bruchion y el Serapeum apenas podían contener? Conocidas fueron la de Nínive, la de Nísibe y la de Sinope que fué trasladada á Edesa. Menfis tuvo una en el templo de Vulcano, y

también los Hebreos tuvieron la suya que guardaba las tablas de la ley y los libros de Moisés y de los profetas. Eumenes fundó una en Pérgamo que llegó á tener doscientos mil volúmenes. Pisístrato estableció en Atenas la primera biblioteca pública que se conoció en su patria; quemada la ciudad por Xerjes, los libros fueron trasportados á Persia, y muchos años después Seleuco Nicanor los devolvió á los atenienses. Policrates, Euclides el ateniense, Nicocrates de Chipre y Eurípides tuvieron tambien bibliotecas particulares en Grecia. Roma, la que había llevado por todas partes sus armas victoriosas y dominando al mundo; la que recogía para su engrandecimiento en los pueblos vencidos cuanto podía aumentar su esplendor, llenó tambien su recinto de bibliotecas. Siglo y medio despues de la derrota de los Persas, Pablo Emilio formó una en aquella ciudad. Más tarde estableció otra Sila. Augusto fundó la Palatina y la Octavia. Tiberio reunió una en el Capitolio. Quemadas éstas, Domiciano hizo copiar los manuscritos de la biblioteca de Alejandría, y formó una nueva. Vespasiano fundó otra no ménos importante en el templo de la Paz. Pero la más rica y notable de la ciudad eterna, fué la Ulpiana que Trajano, entre otras obras grandiosas, se propuso establecer. Particulares tuvieron tambien sus bibliotecas: Ciceron, Julio Marcial, Silio Itálico reunieron las suyas. Epafrodites juntó treinta mil volúme-

nes. Plinio, el jóven, reunió en Laurentium una numerosa; Lúculo, mucho antes, una escogida en Tusculum, y el médico Lamenius Serenus acopió en otra sesenta y dos mil volúmenes. En el siglo IV tenía Roma veintinueve bibliotecas públicas. Mas la primera de esta clase, es decir, la primera abierta al pueblo para su instucción, fué la que fundó Asinio Polión en el atrio del templo de la Libertad. Así el distinguido orador, el noble poeta, el sabio historiador, llamó á las diversas clases de la sociedad, muchas sumidas entonces en la oscuridad y en la abyección, al cultivo de la inteligencia, á la elevación del espíritu y al ennoblecimiento de las pasiones capaces de conducir á la gloria y á la felicidad; así, con la elección del sitio que supo preferir, tal vez quiso dejar comprender que los gobiernos liberales son los que difunden las luces en todos los rangos del pueblo, y que la ilustración de los ciudadanos solamente puede conducir á la verdadera libertad. Tan noble objeto, tan sublime intención, no pueden ser extraños en el protector de Virgilio, cuya vida y fortuna se propuso tan generosamente salvar. Ojalá que todos los gobernantes imitaran á Polión; ojalá que los grandes tendieran, como él, una mano amiga al genio desgraciado y al talento oprimido por la envidia y por el bastardo interés.

III.

Al hablar de esas célebres bibliotecas de los tiempos antiguos, tiempos que más veneramos á medida que los estudiamos mejor, no podemos ménos que admirar los esfuerzos incansables del hombre por su cultura, su paciente constancia por su mejoramiento, su paso resuelto y firme hácia la civilización. Nada le desalienta, nada le espanta, nada le intimida. Venciendo obstáculos, exponiendo su vida, sacrificando á veces sus afecciones, llega al término de sus afanes exclamando como Arquímedes: "lo he encontrado." Hoy pone la primera piedra, mañana la segunda, luego la tercera, y así construye el edificio que se propone levantar. Ahora bien: miéntras con ménos elementos cuentan las generaciones para sus empresas, más dignas de admiración son sus obras, y más dignos de elogio sus afanes. Si en los tiempos á que nos referimos, hubiera sido conocida la invención del genio de Maguncia, nuestra sorpresa sería menor al ver estas grandes acumulaciones de escritos de que nos hablan las historias; pero en esta época retirada de nosotros, todos los libros se copiaban á mano, y esto exigía largo tiempo y una paciencia á toda prueba. Copistas de profesión, profesión honrada y dis-

tinguida, se dedicaban á esta ruda tarea, y el calamus de caña primero, y la pluma después, eran los únicos instrumentos de escritura. El papiro al principio, y más tarde el pergamino, servían entonces de papel. El papel de trapo de que usamos hoy no empezó á fabricarse sino hasta el siglo XIII, y por consiguiente, no estaba á disposición de aquellos obreros, tal vez más laboriosos y más perseverantes que nosotros. Pero la rivalidad de los pueblos hizo raro el papiro. La preparación del pergamino no podia bastar para cuanto se podía escribir. Cuando la decadencia de las artes, escaseó de tal suerte, que los monjes de la edad media, bastante pobres para podérselo procurar, borraban por medio de ciertas preparaciones la escritura antigua, para escribir en ellos sus oficios. Esta práctica hizo perecer muchas obras preciosas de la antigüedad; pero la Providencia, que dispone siempre las cosas á nuestro favor, no queriendo que se perdiesen estos inapreciables tesoros, permitió que se encontrase el arte de hacer reaparecer sobre aquellos palimpsestos, trozos enteros de varios autores griegos y latinos que, sin esto, se hubieran perdido para siempre. De esta manera, el ilustre filólogo Angelo Mai devolvió á las letras muchos fragmentos de Plauto, de Frontón, de Dion Casio, de Eusebio y de otros, que indudablemente nunca hubiéramos vuelto á poseer. Conseguir el pergamino era, pues, dificil y costoso. Un

libro era por tanto de elevado precio, y las bibliotecas costaban grandes sumas. Las obras de Homero llegaron á valer tres talentos ó más de dos mil pesos de nuestra moneda, y otras de menor importancia costaban ciento, reduciendo al nuestro su antiguo valor. ¡Cuántas penas, cuántos sacrificios, cuánta constancia no se necesitarían para formar una biblioteca de millares de obras! Figurémonos tres millones de volúmenes manuscritos, como los que llegó á tener la biblioteca de Trípoli de Siria, trabajados con limpieza, propiedad y corrección, y tendremos una obra prodigiosa y sin igual. Debemos confesarlo: el templo de Diana y los jardines suspendidos de Semíramis no nos causan tan profunda admiración.

IV

Pero nada hubieran importado tantas fatigas en trasladar cuidadosamente á esas pieles las elaboraciones del espíritu; nada hubieran importado tantos desvelos en coleccionar todas esas obras; nada hubieran importado tantas sumas invertidas en crear esos archivos del entendimiento, si esas arcas de la historia y del progreso, sobreviviendo á las borrascas y revoluciones de los siglos, hubieran llegado hasta nosotros, y llegaran toda-

vía más allá para el provecho de la especie humana. Pero hunos y godos, hérulos y vándalos y otras hordas igualmente salvajes, impelidas por el genio de la devastación, se arrojaron sobre el Occidente, y con la tea incendiaria en una mano y el puñal homicida en la otra, arrasaban cuanto encontraba su furor. La sangre corrió por todas partes á torrentes, las ciudades fueron reducidas á cenizas y los campos talados sin piedad. Escombros y humo, cadáveres y lamentos era cuanto dejaban en su paso estas fieras inexorables del Norte. Entonces desaparecieron las bibliotecas entre las llamas del incendio; entonces se abrasaron sin misericordia esos tabernáculos que guardaban los anales del mundo. En medio de aquel torbellino no hubo Alejandros que perdonasen, ni Píndaros perdonados tampoco. La tierra hubiera sido una inmensa Escitia cubierta de una eterna noche, si los monasterios no hubieran servido de refugio á la sobrecogida civilización. En estos respetables asilos, tablas de salvación en aquel espantoso naufragio, los monjes recogieron en el fondo de sus claustros los restos de la espirante cultura, y los despojos de la terrible asolación. Muchos libros fueron salvados en los conventos, y allí, en el silencio de las celdas, aquellos religiosos, consagrados á su estudio, mantuvieron el fuego sagrado de la inteligencia y salvaron así la ciencia humana. El atraso fué sin embargo inmenso: los pue-

blos quedaron sumergidos en la ignorancia y en la barbarie: el feudalismo, penetrándolo todo, les imprimió sus tendencias materialistas y les impuso sus rudas costumbres. Las salas de armas reemplazaron á las bibliotecas: á un Lucano se prefería una dorada espuela; á un Hesiodo se prefería una cota de malla. El mérito no consistia en el talento, sino en la bien esgrimida lanza. La gloria no era consignar una idea, sino vencer en la justa á su rival. Los torneos hacían las veces de los juegos florales, y el triunfo no era la corona concedida al genio por el Capitolio, sino el collar dado al campeón por la hermosa y distinguida dama. Los pocos que se dedicaban al estudio eran mirados con desdén. La nobleza de la espada era la única nobleza; y cuando Francisco I, creando una orden de magistrados y de hombres de letras, que elevó á la clase de caballeros, quiso hacer comprender á los fieros señores que otros talentos que los militares contribuyen tambien á la gloria y prosperidad de los pueblos, los altivos hidalgos, creyendo degradarse con los conocimientos que el generoso rey se proponía honrar, prefirieron ver decaer la caballería, á dividir con los sabios el honor de su rango. ¡Ideas desconsoladoras que se perpetuaron hasta la revolucion de 89! Á mengua, pues, se tenía la ciencia; á honor se tenía la ignorancia. Los que brillaban bajo la espléndida armadura y salían victoriosos en cien com-

bates, no sabían leer ni escribir. ¡Penoso recuerdo el de Pizarro, que no podía recoger sus triunfos! Y cuando la guerra, la caza ó el festin no entretenia á estos nobles desocupados, el fastidio era su único compañero bajo el artesonado techo de sus soberbios castillos. Ni una pequeña biblioteca para ocupar sus ocios, ni un sólo libro para endulzar su tedio. ¡Terrible y criminal estado del hombre que no ha nacido para vida tan brutal! Tal vez algunos de esos desdeñosos, sólo hallaban interés en los reglamentos de Geoffroy de Preuilly. Y si esta era la clase distinguida de la sociedad, ¿qué serían los que no habían tenido la fortuna de nacer en aquel privilegiado círculo? Para estos proletarios no había más que la corvea; para ellos eran los desprecios, para ellos los ultrajes; ni justicia ni ley para estas víctimas; ni honor para estos desheredados de la tierra. ¿Y por qué tan lamentable situación para dueños y esclavos, para nobles y pecheros, sino por la profunda ignorancia en que estaban sumergidos? Si los señores se hubieran instruido en los libros que se perdieron, y se hubieran penetrado de que los hombres no tienen el derecho de esclavizarse, sino por el contrario, el deber sagrado de protegerse mutuamente; si los villanos hubieran aprendido en aquellas páginas, que la justicia era para todo el mundo; que ellos eran también hijos del mismo Dios que murió por redimir á los esclavos; que el trabajo de ca-

da uno es su legítima propiedad, y que nadie está obligado á cultivar la tierra, para que otro se aproveche del sudor de su frente, la humanidad hubiera continuado su marcha progresiva, enriqueciéndose con nuevas verdades, y adquiriendo nueva y más resplandeciente luz. Las preocupaciones no la hubieran cegado, la superstición no la hubiera oprimido, el fanatismo no la hubiera penetrado hasta el corazón. Con bibliotecas en los pueblos, con libros en los hogares, una hubiera sido su creencia política, una quizá su relgión, uno su sentimiento social. De esta manera se hubiera preparado días de gloria; la paz le hubiera sonreido por todas partes; la abundancia hubiera sido su inagotable bien. Pero los hombres desgraciadamente no hicieron más que forjarse sus propias cadenas, erigirse á sus señores y levantarse su horca y su cuchillo. En su horizonte acumularon el germen de todas las catástrofes, á su derredor el germen de todas las miserias, sobre sus cabezas el germen de todas las desdichas. De ese tenebroso presente no pudo menos que brotar un tempestuoso porvenir. La abyección trajo el desbordamiento, la ceguedad la lucha, la desigualdad el rencor. De allí como huracanes terribles, las guerras religiosas que, con sus matanzas de los albigenses y de los habitantes de Merindol, con la carnicería de la Irlanda y los asesinatos de la San Bartolomé, tantas vidas y tantos sinsabo-

res han costado al mundo; de allí las guerras de sucesión que diezmaron á los pueblos; de allí las revoluciones políticas que nos han llenado de terror y de luto; de allí por último, como un monstruo horrendo, la abominable Inquisición, cuyos autos de fé devoraban hasta la ciencia, hasta la caridad, hasta la virtud.

V

Por fortuna, mientras en el Occidente, despedazado por las luchas contra los bárbaros, la civilización europea estaba próxima á morir, como la yerba bajo la pisada del caballo de Atila, en el Oriente, más tranquilo, Hipatías inventaba el aerómetro, Diofantes enseñaba el álgebra, el púlpito ganaba en elocuencia, adelantaba la arquitectura, el progreso, en una palabra continuaba haciendo sus conquistas. Desde entonces los hombres han venido comprendiendo mejor sus intereses, se han horrorizado de la sangre vertida, y conmovido de las lágrimas derramadas con profusión. Una dolorosa experiencia les ha hecho palpar las funestas consecuencias de la ignorancia y las tristes calamidades del error. Con la enseñanza de los siglos pasados y las lecciones de los borrascosos acontecimientos, cambiaron de rumbo y se di-

rigieron á más seguros puertos. Anduvo el tiempo, y el deseo de ilustrarse se hizo sentir en todos los ánimos; pero el precio excesivo de los manuscritos frustraba tan nobles aspiraciones. Esta situacion desesperante preocupó los espíritus, exaltó las inteligencias y estimuló la perspicacia. Llegó el siglo XV, y Koster, Guttenberg y Schoeffer presentaron al mundo la imprenta, invención divina que no igualan las invenciones pasadas, ni igualarán probablemente las invenciones futuras. El pensamiento circuló rápido en todos sentidos, los libros se reprodujeron como por encanto, y las obras se pusieron al alcance de todas las fortunas. Por todas partes se crearon sociedades para la propagación de las ideas, se erigieron escuelas públicas y se fundaron bibliotecas que sustituyeron á las antiguas, y cuyo número se ha aumentado de una manera prodigiosa. En Francia más de doscientas ciudades poseen de estas inmensas librerías. Paris tiene más de cuarenta bibliotecas públicas con cerca de tres millones de volúmenes: sólo la Imperial tiene más de 500,000, la de Santa Genoveva 160,000 y la de Mazarino 95,000. La Alemania cuenta en sus bibliotecas como cinco millones de volúmenes: entre estas la Imperial de Viena con 300,000, la de Praga y Presburgo en Austria, y las de Berlin, Halle, Munich, Dresde, Leipzic, Hannover y Stuttgard, en Prusia, son las más notables. En Inglaterra la Botleiana, la de Buc-

kingham y la del Museo reunen cerca de 700,000. Escocia tiene en Edimburgo la biblioteca de la Universidad con 50,000 volúmenes, y la de los abogados con 10,000, é Irlanda, en Dublin, la del Colegio de la Universidad con 50,000. España, entre las más importantes, cuenta la del Escorial con 200,000 volúmenes, fundada por Cárlos V y enriquecida por Felipe II, la real de Madrid con 100,000, la de San Isidro con 60,000 y la de San Fernando en la mima capital. No hay quien no conozca en Italia la biblioteca del Vaticano con sus 300,000 volúmenes, establecida por el Papa Nicolás V en 1450, la de San Marcos en Venecia, la Ambrosiana en Milán, la Borbónica en Nápoles y las Leopoldina y Laurenciana en Florencia. Mántua, Padua, Génova, Bolonia, Ravena y otras ciudades de esta tierra clásica, poseen tambien sus bibliotecas. Bélgica tiene entre otras la de la ciudad con 140,000 volúmenes, la de Borgoña con 15,000, y la Real con 60,000. En Holanda descuellan la del Haya con 100,000, y la de Leide con 60,000. Dinamarca tiene la Real de Copenhague con 200,000, y Rusia la de la Academia de Ciencias de San Petersburgo con 250,000 y la Imperial con 300,000. Suiza tiene en la de Basilea 50,000, en la de Berna 30,000, en la de Ginebra 50,000 y en la de Zurich 40,000. Suecia, Noruega y Portugal poseen tambien muy ricas bibliotecas. La Union americana tiene 15,615 bi-

bliotecas: en las públicas se cuentan cerca de cinco millones de volúmenes. Casi todas las ciudades de esta gran Nación poseen cuando ménos una bliblioteca. ¡Qué espectáculo tan hermoso para un pueblo! Por todas partes, pues, se elevan esos brillantes monumentos de la civilización para la civilización; por todas partes se levantan estos baluartes de paz para combatir la ignorancia y las preocupaciones; por todas partes se levantan esos insuperables diques al retroceso que procura levantarse. General es la aspiración al adelanto. Aplaudamos con todo nuestro entusiasmo el celo de las naciones que, teniendo á honra su cultura, acumulan tantos elementos de instrucción para sus hijos. Honor á los gobiernos que, avergonzándose de dirigir á los hombres autómatas, y deseando la satisfacción de gobernar á hombres inteligentes, quieren que el artesano lea, que el soldado lea, que el campesino lea. Bendición á las sociedades modernas que, ansiosas de perfección y de progreso, llevan las luces hasta el fondo de las más humildes y remotas aldeas. Gloria, en fin, á los pueblos que, no contentos con los medios instructivos de hoy, arrancan á los despojos de los siglos y á las tinieblas del pasado, nuevos instrumentos de ilustración sepultados en las ruinas y en el misterio, como Italia ha sacado de las cenizas de Herculano obras interesantes de Epicuro, de Polístrato, de Filodemo y de Tito-Livio, y otras

que descifrará, gracias al ingenio de Pioggi; y como los rusos que han descubierto en la Tartaria una biblioteca de los kalmucos con que han enriquecido los archivos de la civilización

VI

México tambien ha tenido y tiene sus bibliotecas. No podia ser de otra manera: el pueblo que tuvo reyes legisladores y reyes poetas; el pueblo que tuvo héroes como los de Homero, y bardos que inmortalizasen sus hazañas; el pueblo que midió el tiempo y observó los astros con más sabiduría que los caldeos; el pueblo que levantó pirámides tan grandiosas como las de Egipto; el pueblo que cultivó las artes antes que la misma Europa, artes cuya perfección admiran, sin poderla imitar, las naciones del viejo continente, no pudo menos que tener archivos que guardasen sus recuerdos históricos. Los toltecas nos legaron sus anales en el maguey y en la corteza de otros árboles; y si las memorias de los aztecas no fueron escri tas con los caracteres de Cadmo, sus pinturas geroglíficas hablaban bastante al pensamiento para ser bien comprendidas. Uxmal, el Palenque y otras célebres ruinas

de Anáhuac conservan la civilizacion de aquellas razas en preciosos monólitos, libros de piedra que atestiguarán por muchos siglos la cultura de nuestros antepasados. Vinieron los europeos y muchos de esos monumentos fueron destruidos. Si esta hermosa y rica parte de América no hubiera sido descubierta cuando el fanatismo de la época dominaba el espíritu de los descubridores; si no hubiera sido conquistada cuando el intolerante y ciego cristianismo dictaba todos los sentimientos, condenando los que no eran inspirados por la religión; si no hubiera sido oprimida cuando las nuevas verdades eran blasfemias, los descubrimientos herejías, y un crimen pensar en las cosas de la tierra, hoy poseeríamos muchas de aquellas espléndidas colecciones que rivalizarían con las primeras del mundo. Durante el vireinato todos los conventos tuvieron sus bibliotecas; pero ellas no se abrían más que á los religiosos, confinándose el saber en el profundo silencio de los claustros. Las primeras bibliotecas públicas fueron las de los colegios, y aunque empezadas á formar durante el período colonial, adquirieron su mayor riqueza en la época de la Independencia. La de San Jnan de Letrán llegó á tener 12 mil 160 volúmenes; la de San Gregorio, 5,461; la de San Ildefonso, 8,360; la de la Universidad, 9,000, y la de la Catedral 12,295. Si muchos de esos colegios se han suprimido y los conventos han sido derribados hoy, el

Gobierno general se ocupa eficazmente en establecer en la antigua iglesia de San Agustín una biblioteca nacional, que corresponderá, no lo dudamos, á nuestro grado de cultura, haciendo ver que también nosotros marchamos con el siglo y sabemos procurar nuestro engrandecimiento. La Sociedad de Geografia y Estadística ha fundado una biblioteca, y la compañía Lancasteriana ha hecho otro tanto. Los Estados procuran imitar á la capital: Guadalajara tiene la suya con 70,000 volúmenes, y la de Puebla es magnífica. Campeche, comprendiendo la utilidad trascendental de esta clase de establecimientos, ha fundado tambien en su Instituto una que no ha mucho ha sido abierta al público. Esta biblioteca no cuenta por ahora más que con 1,134 volúmenes; pero ¿qué extraño es que un nuevo Estado de una República naciente ofrezca á sus hijos una biblioteca poco numerosa, cuando en 1330 la reina Clemencia de Hungría fundó una que entonces era grande, y apenas contenía 40 obras? ¿Qué extraño es que un lugar pequeño y casi olvidado del globo, abra su biblioteca con 1,134 volúmenes, cuando en Inglaterra, en el siglo XV, época no muy retirada para esta gran nación, la mayor biblioteca era la del duque de Glocester, y solo contenía 129 volúmenes? Por otra parte, ¿está por ventura exclusivamente reservado á las grandes capitales y las ciudades populosas tener bibliotecas? ¿Tibur

pueblos con sus leyendas, legislaciones y costumbres. Allí puede conversar con todas las generaciones, aprender con todos los sabios, discutir con todos los filósofos. Allí puede oir á todos los poetas, escuchar á todos los oradores, disfrutar con todos los ingenios. Allí puede contemplar todas las revoluciones, asistir á todos los combates, presenciar todas las asambleas. Desde allí puede lanzarse al espacio infinito de los cielos; y extasiarse en sus maravillas; penetrar en el seno de los mares y admirar sus grandezas; recorrer la superficie y las entrañas de la tierra, y considerar absorto sus producciones. Allí, donde bajo el mismo techo las generaciones se abrazan, los pueblos se unen y los hombres se estrechan; donde desaparecen las rivalidades, se extinguen los odios y cesan los antagonismos; allí donde se funden los partidos, se concilian las sectas y se toleran las religiones; donde Roma se encuentra junto á Cartago, César junto á Pompeyo, los güelfos junto á los gibelinos; donde la Biblia se halla junto al Coran, los protestantes junto á los católicos, la República junto al Imperio; allí, decimos, con tantos ejemplos de armonía pueden los hombres aprender la fraternidad que no poseen, de que tanto hablan y de que tanto necesitan; allí es donde, con el desenvolvimiento de la razón, llegando á comprender sus derechos, dejarán de ser los unos víctimas y ludibrio de los otros, y la igualdad no

será más una fatal mentira. Persuadámonos de una vez: la ilustración será siempre la única garantía segura de los ciudadanos, y el solo lazo estrecho y cordial de los pueblos. El ciego es fácilmente engañado y el ignorante fácilmente oprimido. ¡Y cuántas otras ventajas, cuántos otros beneficios, cuántos otros tesoros enciera la instrucción! Sobre la entrada de la biblioteca de Osimandías se leían estas palabras: *Remedios del alma*: ninguna inscripción fué mejor colocada; jamás el objeto de una biblioteca fué mejor comprendido. ¿Habrá quien niegue que los buenos libros dulcifican las penas, alientan las esperanzas y reaniman las ilusiones? ¿Quién no se ha consolado con un libro de la injusticia de los hombres, de la ingratitud de un hermano, de la pérdida de una fortuna? Varron, borrado de la lista de proscripción, consoló sus angustias pasando entre sus libros los últimos años de su existencia. "Un libro es un buen amigo", ha dicho Bernardin de Saint-Pierre; y ha dicho bien. Un libro es el mejor compañero que se puede encontrar. Este amigo nos da un consejo cuando lo necesitamos, un consuelo cuando se lo pedimos, una alegría cuando se la demandamos. Este amigo no cansa nunca, no fastidia nunca, no traiciona nunca. Por eso escribía Ciceron á Atico, á propósito de una colección de libros que le habían regalado: "Si me quereis, cuidad de que ninguno se pierda, y enviádmelos todos,

pues no podeis proporcionarme mayor placer. Cuidad bien de los libros griegos, y más aun de los latinos, y os lo agradeceré como si el regalo viniera de vos mismo." Por eso San Agustín, próximo á morir, recomendaba que se tuviese mucho cuidado en conservar á los venideros la biblioteca de la Iglesia de Hipona. Después de las fatigas del trabajo, un libro es el descanso más saludable y menos peligroso que se puede tener; es el sosiego más dulce, más útil y menos costoso que se puede buscar. Alejandro el Grande llevaba siempre consigo las obras de Homero, para amenizar las penalidades de sus expediciones y distraer las fatigas de sus batallas. ¿Y qué enfermedad más terrible que la ignorancia puede padecer el espíritu? ¿Qué enfermedad más repugnante que el vicio puede padecer el corazón? Que la humanidad se apresure, pues, á buscar en las bibliotecas la curación de estos vergonzosos males: en estos hospicios del alma, en estos hospitales del corazón, hallará los remedios más puros y más heróicos contra semejantes afecciones. Allí puede aprender á conocerse á sí mismo y á conocer á los demás; allí puede encontrar el hilo de Ariadna para conducir sus pasos en el tenebroso laberinto del mundo; allí puede prepararse esa vida interior que sin instrucción no es posible tener. El espíritu vacío es un espíritu sin goces que vive en las tinieblas. El hombre ignorante no tiene más luz que

la del sol; sin esta es un buho de la humanidad. Allí tiene tambien el corazón su pábulo: con la lectura se suavizan las costumbres; se enderezan las inclinaciones y se refrenan los arrebatos. Los pueblos salvajes son únicamente los feroces; los antropófagos son únicamente los incultos. Con la lectura se llega á conocer á los hombres cuyas virtudes debemos imitar; por ella se conoce el premio de la buena conducta y las ventajas de la honradez, el castigo de la perversidad y las desventajas de la corrupción. ¡Cuántas veces un libro habrá hecho un héroe de quien no había nacido para tal! ¡Cuántas veces habrá vuelto bueno al que yacía encenegado en el crimen! ¡Cuántas veces habrá tornado útil al que era pernicioso en la sociedad! Plutarco, el libro predilecto de Napoleón, quizá contribuyó á hacer de este hombre un genio. Además: perfeccionarnos es nuestro deber, y no hay perfeccionamiento sin ilustración. ¿Y qué cosa más interesante que saber lo que han hecho nuestros antecesores, lo que han inventado nuestros abuelos, lo que han producido nuestros padres? ¿Qué cosa más hermosa que saber cómo los hombres han marchado de la tienda hasta el palacio, de la incomunicación hasta el telégrafo, de la piragua hasta el buque de vapor? ¿Què cosa más agradable que saber cómo, estudiando nuestra economía, hemos llegado de Erasistrato hasta Sappey, de Erófilo

hasta Claudio-Bernard, de Hipócrates hasta Trousseau? ¿Qué cosa más deliciosa que saber cómo la humanidad, estudiando la naturaleza, ha venido de Aristóteles hasta Milne Edwards, de Cratévas hasta Jussieu, de Geber hasta Regnault? Pues bien, la biblioteca todo nos lo puede enseñar.

VIII

Como se vé, numerosos son los beneficios de las bibliotecas, cuya influencia civilizadora es innegable; y sin embargo, no han faltado genios maléficos que las hayan combatido, como otros tantos devas enemigos de la claridad y de la perfección. Pero nada detiene la marcha del Progreso. Para la civilización no hay obstáculos invencibles, ni contratiempos que la apaguen. Los combates son para su triunfo, y los choques para su mayor brillantez. La civilización es como el fénix que renace más robusto de sus cenizas: miéntras más se le ahoga más respira; las barricadas no estorban, sino allanan su camino; la sangre, en lugar de matarla

la alienta; la opresión lejos de retardarla, la impulsa; cuanto se hace para impedir su desarrollo, la fomenta. A su calor germinan las ideas, á su soplo se desvanecen las preocupaciones, á sus rayos se disipa el error. Oponérsele es oponerse al magnetismo que sujeta, al vapor que arrastra, á la electricidad que pulveriza. Nunca serían bastantes las tinieblas para eclipsarla, porque hay una Providencia que vela por sus resplandores: Ormuzd nunca será vencido por Ahriman. En vano se destruyen sus obras si persiste su espíritu creador, y este persistirá mientras quede en el mundo un cerebro que lo abrigue. Por eso en vano Omar calentó los baños de Alejandría con la biblioteca de esta célebre ciudad; en vano los mogoles formaron con la biblioteca de Ménfis un dique en el Tígris; en vano el fanatismo quemó los libros contra los cristianos, y nos privó para siempre de las obras de Plotino, de Jámblico, de Celso, de Libanius; en vano Zumárraga, de odioso recuerdo, quemó riquísimos documentos de nuestros fastos; en vano Landa, de funesta memoria tambien, destruyó datos preciosos de la historia de nuestra Península; en vano los conquistadores incendiaron las bibliotecas de Tenochtitlan y de Tezcuco, é hicieron desaparecer los archivos de los mayas y de los mixtecas; en vano el Santo Oficio condenaba los libros que abrían más anchos horizontes á la inteligencia; en vano los papas anatemati-

zaban las obras que combatian la teocracia; en vano la Inquisición obligó á Galileo á retractarse, como si una abjuración pudiera destruir una verdad, y como si la amenaza pudiera inmovilizar la tierra y hacer girar al sol; en vano Ascoli fué condenado á la terrible hoguera, y Abano sucumbió en un prisión inquisitorial; la civilización triunfante siempre, continuaba incontrastable su carrera. La luz se hace hoy por todas partes. Hoy todos leen, todos se instruyen. El saber no es ya el privilegio exclusivo de un pequeño círculo que mantiene á los demás en la ignorancia para explotarlos y oprimirlos; la ciencia no es ya el patrimonio de una casta sacerdotal que la rodea de misterio, para presentarse como una raza de elegidos. Se acabó el secreto; se han acabado los milagros. Los magos han perdido su prestigio; los hechiceros no encuentran incautos que engañar; los ignorantes no hallan inocentes que seducir. Los oráculos han cerrado sus templos, y las pitonisas, consumiéndose en su propio entusiasmo, no atraen crédulos al rededor de su trípode. La astrología no pide el hado á las estrellas; la quiromancia no encuentra manos para adivinar el horóscopo; la alquimia no persigue ya la pie dra filosofal. Los sueños enmudecen; vuelan las aves, y nadie se preocupa de su vuelo; nadie interroga las entrañas de las víctimas para pronosticar el porvenir. Nadie acepta la buenaventura; nadie consulta á los arúspices

nadie cree en la fatalidad. Los filtros no contienen las esperanzas; los amuletos no libran del dolor; los talis manes han perdido su virtud. El sortilegio es una farsa ridícula; el encantamiento es una estupidez; el exorcismo es una irrisión. La insensibilidad ya no es un pacto con Satan. Ni el fuego ni el agua revelan la inocencia, sino la sabia ley que descubre al culpable. Todas estas creencias que deshonraban la razón han sido vencidas, y al libro pertenece la victoria. Pero todavía quedan muchas verdades que conquistar, muchas supersticiones que destruir, muchos males que remediar. *Esto matará aquello. El libro matará al edificio*, ha dicho Víctor Hugo; y el libro está, en efecto, derribando la basílica, demoliendo el palacio, es decir, anonadando el absolutismo y la tiranía, y conquistando la democracia y la libertad del pensamiento. Pero áun le queda por aniquilar un monstruo que alimentamos con nuestra carne y con nuestra sangre; le queda áun por destruir un azote que devasta al mundo: la guerra. ¿Qué significan esas luchas encarnizadas en que los hombres se despedazan como no se despedazan las fieras? ¿Qué significan esos palenques regados de víctimas, cuyo solo pensamiento nos espanta? ¿Por qué tantos afanes en mantener las vidas que se sacrifican sin piedad? ¿Qué inconsecuencias son esas del corazon humano? Val-de-Grâce y una ametralladora son un contrasentido. Conservar pa-

ra destruir es una aberración. ¿Es posible que los hombres se ocupen constantemente en matarse? ¿Es posible que nuestra curiosidad esté siempre entretenida con el relato de horrorosas contiendas? Aun no se había disipado el humo de las batallas de Crimea, cuando ya retumbaba el cañon en Solferino y en Magenta; la paz de Villafranca no se firmaba todavía, cuando los españoles se precipitaban sobre Tetuan; el Africa escuchaba aún los alaridos de los últimos combatientes cuando la República de Washington se envolvía en una guerra formidable; ésta no había terminado, cuando en México se encendía otra no ménos sangrienta y terrible; el eco de la última descarga del Cerro de las Campanas no se había apagado en los bosques de Querétaro, cuando Francia y Prusia se empeñaban en una tremenda lucha. ¿Con qué ojos puede contemplar la humanidad los doscientos mil muertos, los trescientos mil heridos y los millones de arruinados y de afligidos que ha dejado esta guerra colosal? Cien mil cadáveres sobre el Rhin son un inmenso asesinato de los pueblos, un inmenso crimen de los pueblos contra la fraternidad universal. La historia de las naciones es una historia de guerras sin fin. ¿Qué es esto? ¿Hemos nacido para vivir en eterna discordia? Que los hombres ilustren mejor su espíritu, para dirigir mejor su voluntad: que antes de luchar por tal ó cual principio, por

tal ó cual sistema de gobierno, luchen por el predominio de la razón, para que esta dirima las diferencias y declare la justicia: la Noocracia debe ser el único imperio en el mundo. Que los Moltke y los Trochu cedan el puesto á los Payen y á los Figuier; que los Chassepot y los Armstrong sean reemplazados por los Asselin y los Hachette. Y cuando las armerías se conviertan en bibliotecas, los cuarteles en universidades y los bastiones en escuelas; cuando el Campo de Marte sea el Campo de Minerva, y la arena de los combates, la arena de los Juegos Olímpicos; cuando la Sorbona absorva á San Ciro, y Grignon á Metz; cuando Dreyss y Krup desaparezcan ante los Estienne y Elzevir, la civilización entonces habrá dado su más gigantesco paso y las bibliotecas habrán conseguido su más hermoso triunfo. Los libros gobiernan al mundo, ha dicho Voltaire: cúmplase el pensamiento del filósofo, porque nada lo puede gobernar mejor.



